

LONGINO.

DE LO SUBLIME.

Traducido del Griego con los Fragmentos, y con una Noticia
sobre la vida y escritos de Longino y los Indices necesarios

POR

D. JUAN MARIANO LARSEN.

Miembro del Instituto Histórico, Profesor de la Universidad de Buenos Aires,
Miembro de la R. Academia de Anticuarios del Norte, Director del Liceo del Plata
etc. etc.

off. de Min. Tac.

BUENOS AIRES.

IMPRESA DE MAYO, CALLE MORENO N. ° 241 y 243.

1863.

Thee, bold *Longinus*, all the Nine inspire
And fill their Critic with a poet's fire,
An ardent Judge, who, zealous in his trust,
With warmth gives sentence, yet is always just;
Whose own example strengthens all his laws,
And his himself the great *sublime* he draws.

POPE—*Essay on Criticism*, part. III. l. 675.

Longino ilustre! á ti las Nueve Hermanas,
Hijas de Febo, el sacro fuego inspiran.
Fiel es Tu juicio; Tus criticas exactas,
Y por Tu propio ejemplo sostenidas;
Ardiente Génio que á la par alcanzas
La *Perfeccion* que mas en otro admiras.

PREFACIO.

De todas las obras de Longino la única que se ha salvado, y bastante trunca, es esta, bajo el título: *Peri ypsous*, esto es, *De lo Sublime*. En la Disertacion “Sobre la Vida y Escritos de Longino” que sigue à estos renglones, hallará el lector lo que pertenece à la discusion de este título y à la autenticidad de la obra. Aquí me limito à hacer unas cortas prevenciones sobre puntos relativos al libro mismo que doy à luz. En primer lugar la division por secciones debe cuidarse que no se halla en los manuscritos, y es solamente un arbitrio útil de los modernos para mayor claridad. Los aste-

riscos ó estrellitas nos sirven para señalar los vacíos mas considerables, vacíos que abarcan à veces secciones enteras, y que segun una cuenta de Pearce parece que faltan en el manuscrito de Paris que es el mas completo, mas de veinte fojas, aunque no dice el tamaño de ellas.

Tambien se notará que he traducido sin excepcion en el Tratado de lo Sublime, todo lo que Boileau ha omitido y rechazó atrás entre las notas; son unos cuantos trozos técnicos y van subrayados.

En cuanto à las ediciones que ha tenido el texto seré breve. Mureto fué el primero que emprendió traducirlo en latin á ruegos de Manucio, pero no concluyò ó porque le arredraron las dificultades ó porque le sorprendió la muerte. El texto griego de Longino se imprimió por primera vez en Basilea en 1554 en 4°. con observaciones del editor Robortelio. La segunda edicion es debida à Paulo Manucio y salió en Venecia en 1555 en 4°. Poco tiempo despues Ga-

III.

briel de Petra tuvo mas ánimo y á él se debe la traduccion latina que tenemos, publicada en Ginebra, 1812, en 8°. Despues han ido mejorando el texto las notas de Langbenio y de Tanneguy Lefebvre y aun las de Dacier, de que se sirvió Boileau. Es interesante oírle decir á éste cuanto cuestan esta clase de traducciones. “Facil cosa es, “dice, para un traductor latino salir de “apuro allí mismo donde no comprende; “no tiene mas que traducir el griego palabra por palabra y soltar unas voces que al “menos se puede sospechar que sean inteligibles. En efecto, el lector que muchas “veces no entiende nada, se echa à sí mismo la culpa mas bien que à la ignorancia “del traductor. No sucede así con las traducciones en lengua vulgar. Todo lo que “el lector no entiende se llama gerigonza, y “el traductor solo es responsable. Se le “imputan hasta las faltas de su autor, y es “preciso que en ciertos casos las rectifique “sin atreverse con todo à alejarse de ellas.”

IV.

Yo por mi parte digo tambien que muchas veces no he podido entender la glosa latina; y el que tenga un Longino podrá cotejar mi traduccion y verá si procede ò no en línea recta del griego. Despues de la traduccion de Boileau, han venido las excelentes ediciones de Tollio (1694), de Pearce (1724), de Morus (1769), de Toupio (1778) con excelentes notas de Ruhnkenio; la de Weiske (1809) y por fin la de W. Wilson (1812) que es la que he usado, no habiendo podido conseguir las mas modernas. He tenido à la vista una traduccion inglesa, que el Sr. Dominguez (D. Luis) ha tenido la bondad de franquearme. No he visto la de Lancelot y ahora recuerdo que en una Carta Literaria publicada en *Los Debates* de Agosto, 1857, hice presente que no habia podido conseguir la última traduccion que es la del Dr. Egger. Estando aun en el mismo caso cumplo como lo dije entonces.

Tambien, y apesar de mi poca práctica, me he aventurado á traducir en verso los

ejemplos que Longino trae de los Poetas. Si hubiere algunos defectos de prosodia ò modulacion se mirarán con indulgencia en cambio de la más escrupulosa verdad y conveniencia con el texto; no he querido tomar la “decente libertad” que confiesa y de que ha hecho uso tan ámpliamente el célebre satírico Boileau. Las divisiones son tambien estrictamente las del texto y no las de Boileau, y en los nuevos Indices que he construido de los autores citados por Longino, tanto en el Comentario de lo Sublime como en los Fragmentos, he juzgado mas oportuno indicar no la página, cosa que se altera con cada edicion, sino las Secciones antiguas y los Fragmentos, de manera que es un trabajo hecho para siempre.

Por lo demas, no quiero que el lector ignore que me he valido de las notas y comentario perpétuo coleccionado de los mejores anotadores, muchos de los cuales son posteriores à Boileau, y que cuando me acontece dar el sentido diferente ò contra-

VI.

rio à él no es falta de respeto à ese poeta ilustre sino que tengo buenas autoridades. Y estoy bien satisfecho que las minuciosas discusiones, silenciosamente y por fuerza entabladas sobre cada dificultad, interesaràn, sobre todo en estos paises, à tan pocas personas que creo hacer acto de sensatez pasàndolas por alto sin suprimir el resultado en la version, y à mas de eso, no publicando el texto griego, esas discusiones serian ininteligibles aun para helenistas de profesion y mucho mas para el público.

TABLA CRONOLOGICA

PARA LA MAS FÁCIL INTELIGENCIA DE LA VIDA DE LONGINO



Años de la Era Cristiana.

AÑOS.

- 213—Nace Longino, reinando en Roma el Emperador Caracalla solo. Falleció el poeta griego Oppiano.
- 217—Caracalla es muerto y reina Macrino.
- 218—Eliogábalo Emperador de Roma.
- 220—Florece el historiador Julio Africano, y el Gramático y poeta Terenciano Mauro.
- 222—Alejandro Severo Emperador. Los Romanos pagan un tributo á los Godos. Falleció Diógenes Laercio.
- 226—Los Pérsas son totalmente derrotados por Alejandro Severo. Florecía el historiador Eliano.
- 229—Florecía Dion Casio.
- 230—Florecían los legistas Ulpiano, Julio Paulo, L. Pomponio.
- 255—Maximino asesina á Alejandro Severo y es proclamado en su lugar. Sexta persecucion de los Cristianos.
- 257—Maximino derrota á los Dácios y Sármatas.
- 258—Máximo y Balbino Emperadores de Roma y mas tarde Gordiano. Florecen Censorius y Modestino.
- 242—Gordiano derrota á los Persas mandados por Sapor.

- 245—Floreceia el Filósofo Ammonio.
244—Filipo el Arabe Emperador de Roma.
247—Floreceia el historiador Herodiano.
248—Celebrause en Roma los Juegos Seculares.
Fué quemado el Teatro de Pompeyo.
249—Decio Emperador y séptima persecucion.
251—Vibio Volusiano y luego Galo emperador.
255—Irruption de los Godos y Burgundios en la Mesia y la Pannonia.
254—Valeriano emperador; falleció Origenes.
257—Octava persecucion de los Cristianos.
258—Cipriano falleció.
259—Galieno emperador. Quémase el Templo de Diana en Efeso
261—Sapor rey de Pérsia toma las ciudades de Antioquia, Tarso y Cesarea,
267—Los Hérulos invaden y devastan la Grecia.
268—Claudio 2º. emperador. Florecian Novatino y el matemático Anatolio.
269—Los Godos y Hérulos en número de 520,000 derrotados por Claudio.
270—Aureliano Emperador. Falleció el filósofo Plotino.
271—Los Alamanes y Marcomanes devastan el Imperio.
272—Novena persecucion de los Cristianos.
275—Zenobia reina de Palmira es derrotada por Aureliano en Emesa. Es muerto el filósofo Longino, á la edad de 60 años poco mas ó menos.

VIDA Y ESCRITOS DE LONGINO.

Sui temporis Criticorum maximus Longinus.
PORPHYRIUS.

DIONISIO LONGINO ó CÁSIO LONGINO, el mayor crítico de su tiempo, nació segun Suidas en Emesa (a) de Siria el año 215 (b) de la Era Cristiana, y tuvo por primer maestro en la elocuencia á su tio el orador Cornelio Fronton, nieto de Plutarco, ó segun otros á Fronton de Emesa. Llamábase la madre Frontonis: se ignora el nombre del padre. Algunos, entre ellos Jonsius y Pearce, tienen á Longino por nativo de Atenas, y Suidas es el único que le dá el nombre de Casio. No seria improbable que fuese ciudadano Ateniense nacido accidentalmente en Siria, pues Longino

(a) *Porfirio* de Vita Plotini en la obra de *W. Enfield* "History of Philosophy, from *Brücker's*. Historia Crítica Philosophiæ." London, 1840.

(b) *Ficker*, Littérature Classique, trad. par *M. Theil*. Paris, 1837, t. 1. p. 167.

pasó su primera niñez viajando. Durante ellos nos dice él mismo (c) que logró tratar familiarmente á los mas célebres filósofos en esa larga peregrinacion que emprendió junto con sus padres por muchisimos lugares, habiendo frecuentado larguísimo tiempo á Ammonio y á Orígenes que superaban en sabiduria á todos los de su época, y tambien atendiendo á las lecciones de Diodoto y Eúbulo. Ahora bien, sabiéndose que Ammonio Saccas (d) que es de quien se trata, enseñaba en Alejandria, se sigue que Longino pasó allí los mejores años de su juventud, estudiando despues en Atenas con Diodoto y Eúbulo, acerca de quienes nada encuentro sino que Eúbulo escribió un Comentario sobre Filebo y Górgias. Longino se estableció de fijo en Atenas,

(c) En el Fragmento quinto.

(d) Este Ammonio no se ha de confundir con Ammonio el Peripatético, que florecía bajo Neron y fué preceptor de Plutarco, ni con Ammonio gramático Alejandrino que florecía por los años 389, y de quien tenemos un “Tratado sobre la diferencia de voces y locuciones en apariencia sinónimas.”

habiéndole tocado una herencia de parte de su tío y preceptor Fronton. Y convendrá fijarse en la circunstancia que él mismo especifica de haber estado larguísimo tiempo con Ammonio, el célebre fundador del Eclectismo, cuyos talentos y doctrinas se ligan íntimamente á la época que nos ocupa de la vida de Longino. Pues dos hombres de entre sus contemporáneos influyeron mas sobre él, el primero es su maestro predilecto Ammonio, y el otro su condiscipulo Plotino, segundo gefe de los Neoplatónicos de Alejandria.

Ammonio Saccas, llamado así, (e) segun Suidas, de su primera ocupacion (llevar sacos de trigo) fué fundador del Eclectismo que otros hacen remontar á Potamon el Platónico, bien que, dice Enfield, este método de filosofar habia sido en realidad conocido mucho antes por varios gefes de las sectas Griegas, y en particular por Platon, Zenon y Aristóteles. No habia sido raro

(e) *Guillon*, Histoire de la Philosophie, t. 1. p. 518.
Enfield l. 3. c. 2.

tampoco entre los filósofos Alejandrinos desde el principio de esa escuela, y fué seguido por Plutarco, Plinio, Galeno y otros. Pero Potamon parece haber sido el primero que procuró constituir una nueva secta sobre este principio. Diógenes Laercio, al fin del Proemio, refiere que recientemente una secta ecléctica habia sido introducida por Potamon de Alejandria que amalgamaba las opiniones de las demas sectas. Parece tambien que no logró mucho éxito. La completa constitucion del Ecléctismo debe referirse á Ammonio Saccas, nacido de padres cristianos, y educado en Alejandria bajo los cristianos Atenágoras, Panteno y Clemente, que sucesivamente regentearon esa escuela, y que tambien combinaban la filosofia gentilica con la doctrina cristiana. Ammonio en exceso propenso á ese género de estudios, trabajó con ardor en reconciliar las diferentes opiniones. Porfirio refiere que Ammonio se pasó á las escuelas legales, esto es, que apostató de la fé cristiano, mientras que

Eusebio de Cesarea (f) y San Gerónimo dicen que continuó cristiano hasta su muerte; pero es probable que mas bien se refieren á otro Ammonio que en el mismo siglo tercero escribió una “Armonía de los Evangelios”, ó quizá á otro distinto, pues citan los “libros sagrados” de Ammonio, siendo así que Ammonio Saccas, como lo afirma su discípulo Longino (en el Fragmento quinto) no ha escrito nada sobre filosofía, ni es probable que un apóstata hubiese tomado á su cargo una escuela pagana, mereciendo la confianza de discípulos hostiles á esa doctrina, la cual sin embargo no dejaba de conocer bastante. Segun Hierocles (g) Ammonio fué inducido á ejecutar el plan de una escuela Ecléctica por el deseo de poner término á las contiendas que tanto habian perturbado el mundo filosófico. “Habiendo existido hasta entonces, dice, animosidades entre los Platónicos, los Aristotélicos y otros

(f) *Eusebio*, Historia Ecclesiástica, l. 4. c. 19.

(g) *Hierocles*. De Fato apud Photium, Cod. 214. 151.

filósofos, que en ese tiempo llegaban al extremo de no tener escrúpulo en adulterar los escritos de sus maestros en busca de argumentos con que defenderse, Ammonio, hombre enseñado del cielo, abandonando las controversias que por tanto tiempo habian deshonrado la Filosofía, y despejándola de todas las superfluidades de cada sistema, demostró que en ciertos puntos necesarios y de gravedad, las doctrinas de Platon y de Aristóteles estaban en perfecta armonía; y así dió á sus discípulos un sistema de Filosofía libre de disputas.” Ammonio tuvo muchos oyentes y sectarios, tanto paganos como cristianos, los que sin duda se prometian, mucha luz de un preceptor que emprendía reunir en un foco todos los rayos de la antigua sabiduria. Enseñaba á sus discípulos escogidos ciertas doctrinas sublimes y prácticas místicas, y era llamado “el filósofo enseñado por Dios.” Estos misterios les eran comunicados bajo solemne juramento de secreto. Refiere Porfirio que Plotino y los demas escogidos prometieron no divulgar esos dogmas, contentán-

dose con retenerlos en sus mentes purificadas, lo que dá razon del hecho mencionado por Longino de que no dejó nada por escrito. Ammonio falleció probablemente hácia el año 245.

Entre estos discipulos de Ammonio, admitidos al conocimiento de sus misterios, figuran Herennio, Orígenes, Longino y Plotino. Los dos primeros por nada se mencionan sino por su infidelidad en divulgar los secretos de la Escuela, pero este Orígenes es un pagano, distinto del célebre Orígenes, doctor de la Iglesia. El primero parece no haber escrito mas que dos pequeños tratados que no subsisten, mientras que el otro fué un génio eminentísimo á quien cupo, á la edad de diez y ocho años, la honra de ser elegido para suceder á San Clemente en la escuela cristiana de Alejandria.

Con todo, este hombre ilustre un poco mas tarde fué tambien discipulo de Ammonio y leyó las obras de Plotino y de Longino. Porfirio que siendo niño le habia conocido, habla de él en estos términos: “Los cristianos, dice, adoptan

todas las fábulas ridiculas de la supersticion judaica, y lo que Moisés ha escrito en un estilo insulso y grosero, lo acreditan como otros tantos oráculos emanados del espíritu de Dios mismo, pero envolviéndolo en simbolos y figuras. Esta manera de explicar las escrituras judaicas ha comenzado por un hombre que he visto en mi primera juventud, á quien se debe mirar como el centro de todos los géneros de erudicion y conocimientos, como lo prueban las obras que ha dejado á la posteridad. Este hombre es Origenes, el mas grande, el mas ilustre de los maestros que hayan tenido los cristianos. Habia penetrado todos los secretos de la filosofia de Platon; habia profundizado todo lo que enseñaron Numenio, Crónio, Apolófanes, Longino, Nicómaco y otros.” Y que su maestro fué Ammonio lo dice San Gregorio de Neocesarea, ó por otro nombre San Gregorio Taumaturgo.

Plotino, á quien el Cardenal Baronio, como lo trae Guillon ya citado, concede el elogio de decir que superaba sin dificultad á todos los filóso-

fos de esa época por su doctrina y pureza de costumbres, tuvo una ocasión de mostrar su aprecio por Orígenes; porque habiendo este venido á oírle, y presentándose en la escuela, Plotino, así que le vió, interrumpió su discurso, diciendo que no le estaba bien hablar en presencia de un hombre tan eminente. Aquel Orígenes de que habla Longino, debía ser ya de alguna edad cuando este otro á la edad de diez y ocho años tomaba á su cargo la escuela de Alejandría.

Plotino, el otro condiscípulo célebre de Longino, nació el año 205 en Licópolis, ciudad de Egipto, y á la edad de veinte años vino á estudiar en Alejandría, donde recorrió las varias escuelas, y adhirió por fin á Ammonio, con quien estudió durante el largo periodo de once años. Cuando falleció Ammonio, habiendo oído ponderar muchas veces en la escuela la Filosofía oriental, y esperando encontrar en ella ese género de doctrinas sobre la naturaleza divina que tanto ansiaba conocer, resolvió hacer viaje por la Persia y la India, para aprender la sabiduría de

los Magos y Gimnosofistas, animado probablemente á tal designio por el éxito de Apolonio de Tiana, cuyas artes mágicas, que se pretendian traídas de allá, le habian grangeado una reputacion universal. Aconteció oportunamente que el emperador Gordiano emprendiese á la sazón su malhadada expedicion contra los Pártios. Plotino aprovechó la ocasion para ir, pero batidas las legiones Romanas y muerto el Emperador, el filósofo logró volver sin novedad á Antioquia y vino despues á Roma, donde enseñó diez años sin divulgar los secretos de Ammonio, hasta que supo la infidelidad que arriba mencionamos de Herennio y Orígenes. Entonces le pareció necesario escribir todo. Muchos volúmenes (h) de metafisica, dialéctica y moral, compuestos de prisa, en medio de las exigencias de la enseñanza, pasaron á manos de sus discipulos, lo

(h) Estos escritos intitulados «Las Enneadas» en 54 libros, han tenido varias ediciones. Las mas notables son la de *Ticino*, Basilea, 1580; la de *Creuzer*, 1814, y la de *Orelli*, 1824.

que explica en parte la grande oscuridad y confu-
sion que hasta ahora en ellos se advierte apesar
de los afanes de Porfirio para corregirlos. Plotino
pasó sus últimos años en Roma, y fallecio
muy pocos años antes que Longino. Y no solo
en Roma sino tambien en Alejandria y en muchas
de las principales ciudades del Asia Menor, y aún
en Atenas, antigua sede de la sabiduría, el siste-
ma de Ammonio y de Plotino fué abrazado y pro-
pagado por hombres de un saber y habilidad aun
mayor que la de estos. Longino fué favorito dis-
cipulo del primero, y rival del segundo, á quien re-
futó á veces, y particularmente en un Comenta-
rio intitulado “Epistola contra Amelio.” Suc-
cede que Porfirio habia aprendido de Longino una
teoria de las ideas, y la habia admitido como la
mas acertada, pero despues, escuchando en Roma
las lecciones del Toscano Gentiliano Amelio, su-
cesor de Plotino, siguió de preferencia la teoria
de Plotino como la comentaba Amelio, y escri-
bió en consecuencia esa Disertacion para mos-
trar que Porfirio habia mudado de parecer sin

buenos fundamentos para ello. Eso prueba que Longino no se tenia á sí mismo por inferior á Plotino; al menos podemos afirmar que Longino era tan sesudo como Plotino era fanático y visionario.

Pero en cuanto á la posteridad, el mayor título de gloria para Longino es sin duda su Comentario de lo Sublime que publicó en Atenas, donde tuvo por discípulo en la elocuencia y filosofía al célebre Porfirio, aunque otros dicen que fué en Antioquía. Allí en su escuela de Atenas logró Longino, aun en vida, hacer tan célebre su nombre como crítico que no habia cuestion terminada mientras Longino no la decidiese. Esta celebridad se la merecieron sin duda sus numerosas obras, de que se hablará mas abajo, pero sobre todo este Tratado de lo Sublime.

“En este pequeño tratado, dice su elegante traductor Boileau, no se contentó Longino con dar, á imitacion de Aristóteles y Hermógenes, unos preceptos secos y despojados de adornos; no ha querido caer en el defecto que le echa en cara á

Cecilio de haber escrito de lo sublime en estilo mediocre. Al tratar de las bellezas de la elocucion, ha empleado todos los primores de ella. Muchas veces comete la figura misma que está enseñando, y mientras habla de lo sublime, se expresa él mismo de un modo sublime, y lo hace tan á propósito, y con tanto arte que no hay nunca porque acusarle de salir del estilo didáctico. Esto es lo que ha dado á su libro esa alta reputacion que tiene adquirida entre los sábios, que todos lo han mirado como uno de los mas preciosos restos de la antigüedad en materia de Retórica. Casaubon lo llama un libro de oro, queriendo significar con esto el peso de esta obra, que en despecho de su pequeñez, puede ponerse en parangon con los mas abultados volúmenes. Tambien ningun hombre, aun durante su vida, ha sido mas estimado que Longino. El filósofo Porfirio, que habia sido su discípulo, habla de él como de un prodigio. Si le hemos de dar fé, su juicio era la regla del buen sentido, sus decisiones en materia de escritos eran admitidas como sen-

tencias inapelables, y nada era bueno ó malo sino en tanto que hubiese sido aprobado ó censurado por Longino. Eunapio, en la Vida de los Sofistas, vá aun mas lejos. Para espresar la estima que tiene de Longino se deja llevar de hipérboles (i) extravagantes, y no puede resolverse á hablar en términos moderados de un mérito tan extraordinario:

“Pero Longino no fué simplemente un hábil crítico, fué tambien un Ministro de Estado de muy graves prendas, y basta para su elogio decir que fué estimado de Zenobia, aquella famosa reina de Palmira que, despues de fallecido su esposo Odenato, tuvo la osadia de declararse reina del Oriente. Habia llamado cerca de sí á Longino para instruirse en la lengua griega, pero no tardó mucho en hacer de su maestro de idiomas uno de sus primeros Ministros. El fué quien le animó á sostener su caracter de reina de

(i) Eunapio dice en efecto que los contemporáneos de Longino le daban los nombres de Biblioteca viviente y Museo ambulante.

Oriente, quien alentó sus bríos en la adversidad, entre otros medios, escribiendo la vida y elogios de Odenato, y quien dictó esas palabras altivas que Zenobia escribió al Emperador Aureliano que le intimaba rendirse. Eso le costó la vida á Longino, pero esa muerte fué gloriosa para él á la par que vergonzosa para Aureliano, cuya memoria puede decirse ha quedado manchada para siempre. Como esta muerte es uno de los mas famosos incidentes de la historia de aquel tiempo, el lector no dejará quizá de gustar que se le refiera lo que sobre ello ha escrito (j) Flavio Vopisco.

“Este refiere que el ejército de Zenobia y de sus aliados habiendo sido derrotado cerca de la ciudad de Emesa, Aureliano fué á poner sitio á Palmira, donde se habia retirado esta princesa. Allí encontró mas resistencia de lo que se habia imaginado, y que no era verosímil esperar de la

(j) La frase de Boileau parecería indicar que copia el testo de Vopisco, pero en realidad lo abrevia muchísimo. La narracion de Vopisco es muy animada é interesante.

resolucion de una mujer (k). Fastidiado de la duracion del asedio, procuró negociar la entrega, escribiendo á Zenobia una carta en que le ofrecía la vida y un asilo, con tal que se rindiera dentro de cierto plazo. Zenobia, agrega Vopisco, respondió con una altivez mayor de lo que permitía el estado de sus negocios, creyendo de este modo amedrentar á Aureliano. Hé aquí la carta.

“Nadie hasta aqui ha hecho una peticion como la tuya. El valor, Aureliano, es quien debe hacerlo todo en la guerra. Me mandas que me entregue en tu poder, como si no supieras que Cleopatra quiso mas morir con su titulo de Reina que vivir con cualquier otro rango. Aguardamos el socorro de los Persas; los Sarracenos se arman en nuestro favor, los Armenios se han declarado por nosotros. Una tropa de salteadores ha deshecho tu ejército en Siria; juzga de lo que debes aguardar cuando se hallen reunidas todas estas fuerzas. Entonces re-

(k) Boileau omite decir que Zenobia era regente en nombre de sus hijos.

bajarás ese orgullo con que, como dueño absoluto de todas las cosas, me ordenas la rendición."

“Esta carta, dice Vopisco, dió mas cólera que vergüenza á Aureliano. La ciudad de Palmira fué tomada pocos dias despues (1) y Zenobia fué detenida al instante de huírse á la Pérsia. Todo el ejército pedia su muerte, pero Aureliano no quiso deshorrar su victoria con el suplicio de una mujer. Reservó pues á Zenobia para el triunfo, y se contentó con dar muerte á los que le habian

(1) Boileau, no sè porque descuidò, dice que Palmira fué tomada pocos dias despues, cuando Vopisco hace notar lo contrario. Yo lo citaré exactamente: «Nicómaco dice haber él mismo traducido del siriacó al griego esta carta dictada por la misma Zenobia, pues la de Aureliano habia venido en griego. Recibida esta carta, Aureliano no se sintió abochornado, pero entró en ira, y reuniendo al instante el ejército y los gefes, sitió Palmira de todos lados, ni dejó este valiente hombre nada que pareciese imperfecto ó descuidado; pues por una parte interceptó los ausilios que los Persas habían enviado, y sobornó las huestes Sarracenas y Armenias, atrayéndolas ya con alardes briosos y ya con astucias. En fin despues de muchos trabajos, venció á esa muger poderosísima.—Los «pocos dias» de Boileau son un puro adorno de estilo.

asistido en sus consejos. Entre estos el filósofo Longino fué muy sentido. Habia sido llamado cerca de esta princesa para enseñarle griego. Aureliano le hizo morir por haber escrito la precedente carta, 'pues aunque estaba en siriaco, se sospechaba que él fuese su autor. El historiador Zosimo atestigua que fué la misma Zenobia quien le acusó. “Zenobia, dice él, viéndose prisionera, echó toda su culpa sobre sus ministros “que, decia, habian abusado de la debilidad de su “espíritu. Entre otros nombró á Longino, de “quien aun tenemos varios escritos tan útiles. “Aureliano ordenó que lo llevasen al suplicio. “Este hombre magnánimo sufrió la muerte con “una constancia admirable hasta el punto de “consolar al morir á aquellos á quienes su desgracia causaba lástima ó indignacion.”

“Asi puede verse que Longino no era solamente un hábil retórico, como Quintiliano y Hermógenes, sino un filósofo digno de entrar en paralelo con un Sócrates y con un Caton. Su libro en nada desmiente lo que digo. El carácter

de hombre de honor aparece en todas partes, y sus sentimientos tienen un no sé qué propio para hacernos ver en él no solamente un talento sublime sino también una alma muy elevada sobre el comun de los hombres. Así, pues, concluye Boileau, no siento haber empleado algunas de mis vigili- as en desembrollar una obra tan escelente que puedo decir no ha sido comprendida hasta aquí sino de un pequeño número de sábios.”

Esto dice el célebre satirico sobre Longino considerado como literato, pero con respecto al mismo considerado como filósofo, no ha obtenido de sus biógrafos la atencion que merece. Boileau dice una sola palabra de él como filósofo práctico. Mr. Boissonade, que escribió expreso el artículo *Longino* de la Biografia Universal de Michaud, no tiene tampoco grande afan sobre este punto, aunque se estiende sobre otros insignificantes. Ficker lo pone sin ceremonia entre los sofistas, Brücker y Enfield le dedican cortos renglones, y Guillon ni siquiera lo nombra. Sin duda provendrá eso de que su gran fama lite-

raria ha eclipsado la que le pertenecía como filósofo; pero ya el lector ha visto lo que hay sobre el particular.

Se discute si la escuela de Longino en Atenas era de filosofía, ó de retórica y bellas letras. Para mí es evidente que enseñaba todo, porque consta que Porfirio aprendió de él allí una teoría de las ideas, distinta de la de Plotino, que algo mas tarde oyó explicar en Roma por el Toscano Gentiliano Amelio, sucesor inmediato de Plotino, y que Longino estando en Atenas se afligia de no poder conseguir las obras correctas de Plotino, y profesaba al “divino” Platon una veneracion tan grande que celebraba su natalicio con mas religiosidad que el suyo propio; y respecto de enseñar gramática y retórica está bastante probado por lo dicho anteriormente, y por la edicion que hizo allí del Tratado de lo Sublime.

Pero Mr. Boissonade sostiene que no se puede probar la autenticidad de esta obra. Yo creo que no hay porque dudar de ella, Véamos pues lo que dice el Sr. Boissonade :

« Juan de Sicilia en sus notas sobre Hermógenes dice que Longino, consagrado enteramente á sus alumnos, no tenia tiempo de perfeccionar sus obras; que siendo hábil juez de las formas de estilo, tenia él mismo poco talento para escribir bien, y lo compara á esa ave, mencionada en la *Hiada*, que «sale á buscar el sustento para su cria sufriendo ella misma el hambre.» Este aserto, sigue Mr. Boissonade, carece quizá de exactitud. Los numerosos títulos de los escritos de Longino prueban al menos que no era el tiempo lo que le faltaba. Dominado sin duda por una extrema facilidad, y apurado de la necesidad de producir, no podia sujetarse al trabajo lento, penoso y frio de la correccion. Sin embargo si el *Tratado de lo Sublime* ha salido de su pluma, se vé que sabia algunas veces someterse al cuidado de perfeccionar un escrito cuyo asunto le alhagaba. Pero Juan de Sicilia, como toda la antigüedad, parece haber ignorado que Longino fuese el autor de esta brillante produccion.

•Entre las variantes recopiladas en la útil co-

lección de Mr. Bast, hay una cuya importancia es estrema. El título del manuscrito de Paris, el mas antiguo de todos, y el de un manuscrito del Vaticano presentan muy tersamente estas palabras *Dyonisiou hé Logginou*, es decir, *de Dionisio ó Longino*, y se aumenta la confusion por el manuscrito de Florencia que no trae ni uno ni otro nombre sinó:—*Anónymou peri Ypsous*, esto es, *De lo Sublime por un Anónimo*. Los primeros editores han omitido absolutamente por una negligencia inesplicable la particula *ò* intermediaria, y han hecho la alianza poco comun de dos nombres propios: *Dionisio Longino*. En una nota de la edicion de Weiske, el Sr. Amati, apoyándose en esta variante y en lo insólito de ese nombre quiere que el Tratado de lo Sublime sea ó de Dionisio de Halicarnaso ó de Longino ó de Dionisio mas bien que de Longino. El no piensa que en el siglo de Aureliano se escribiese con tanto gusto y pureza, con un estilo tan noble y varonil. Agrega que Cecilio contra quien es escrito el Tratado era contemporáneo de Dionisio

de Halicarnaso; que no es probable que Longino haya podido creer necesario refutar un libro de retórica publicado dos siglos antes. Pregunta si esa paz universal de que se habla en el Tratado se encuentra en tiempo de Aureliano. Observa que Quintiliano cita muchas veces juntos á Cecilio y á Dionisio; y que el autor no emplea el testimonio de ningun escritor posterior al siglo de Augusto. Insiste mucho sobre que, hácia el fin del Tratado, el autor ha introducido á un filósofo real ó imaginario que deplora la libertad perdida con una sensibilidad tan profunda que este trozo no ha podido ser escrito sino por un hombre que hubiese vivido en un estado libre ó hubiese visto siquiera una sombra de libertad, circunstancias que no convienen á Longino, contemporáneo de Aureliano, pero pueden convenir á Dionisio contemporáneo de Augusto. Dice tambien que Suidas en su lista de las producciones de Longino no habla del Tratado de lo Sublime; que el autor cita dos libros suyos sobre la Composicion de las Palabras; que con este título

tenemos uno de Dionisio; que esta disyuntiva ó indica quizá que Longino hizo un compendio de la obra de Dionisio, y que asi es como en los manuscritos se halla: *Por un Anónimo ó por Zosimo, por Dio ó por Xiflino, por Cornelio Nepote ó Probo.* El Sr. Weiske se conmueve mucho con estos argumentos. En efecto no concibe que el autor capaz de escribir un tan noble Tratado haya podido rebajarse á redactar escolios sobre Efestion, ó á recoger secamente nombres de pueblos, ni admirar, como lo hace en alguna parte, el estilo y gravedad de Plotino. Sin embargo, no puede creer con el Sr. Amati que Dionisio de Halicarnaso sea el autor de este libro; su estilo, su manera de componer nada tienen de esa animacion y de ese brillo que resplandece en el Tratado de lo Sublime. Prefiere atribuírselo á un Dionisio de Pérgamo contemporáneo de Augusto, y cuyo talento como Retórico y escritor ha elogiado Estrabon. Debemos convenir que es en adelante absolutamente imposible afirmar que el Tratado de lo Sublime sea de Longino;

sin embargo, parece poco natural dárselo á Dionisio de Halicarnaso ó á Dionisio de Pérgamo ó á cualquiera otro escritor del siglo de Augusto. Encuéntrase en el capítulo séptimo este pasage muy notable que trascribimos de la traduccion fielísima de Boileau: « El Legislador de los Ju-
« dios, que no era un hombre vulgar, habiendo
« concebido muy bien la grandeza y poder de
« Dios, lo espresó en toda su dignidad al principio
« de sus leyes por estas palabras: Dijo Dios: que
« se haga la luz, y fué hecha la luz; que se haga
« la tierra, y fué hecha la tierra.» Boileau ha sostenido la sublimidad de este pasage contra Huet y Leclerc, pero no es esto lo que aqui interesa. Preguntaremos al Sr. Amati si cree seriamente que en tiempo de Dionisio los libros Judáicos fuesen bastante conocidos ó divulgados para que un retórico Griego fuese á tomar allí ejemplos? Pero Longino en el siglo de Aureliano ha podido citar á Moises; vivia en un tiempo en que los filósofos Paganos, frecuentemente en lucha con los Doctores del cristianismo, esta-

han en el caso de leer y estudiar los libros de esa nueva religion cuyos progresos se hacian cada dia mas alarmantes para ellos. Se podrá objetar que el pasage ha sido interpolado; pero sin duda que lo habria sido por un cristiano, y este no le haria á Moises el débil elogio de decir que no fué un hombre vulgar, ni habria designado el Génesis dándole inexactamente el título de Leyes de Moises. Leclerc ha pensado que el pasage ha sido añadido por el mismo Longino que, habiéndose adherido á la Reina de Palmira, quiso para serle agradable, citar un trozo de Moises, pues Zenobia era Judia segun afirman algunos de los Santos Padres, que podrian no estar muy bien informados, y que aún sobre este punto han sido tildados de inexactitud voluntaria. Por lo demas, esta contestacion no satisface á todas las dificultades ni diluye todas las objeciones; hay una que nos parece tener mucha fuerza, y es que en ese Tratado no se encuentra el nombre de ningun escritor posterior á Augusto. ¿Como concebir que Longino, ese gran literato, ese filó-

sofo eminente, de quien Eunapio ha dicho hiperbólicamente que era *una biblioteca viva y un museo ambulante*, haya descuidado de mostrar un poco de erudicion y alguna lectura en asunto tan fecundo? Quizá la severidad excesiva de su gusto no le ofrecia un solo ejemplo de verdadero sublime fuera de las páginas clásicas de la alta literatura; pero entre los poetas y oradores mal inspirados de las recientes escuelas de la Grecia y del Asia ¿no podia encontrar flagrantes muestras de hinchazon y de afectacion minuciosa? Esta dificultad nos parece considerable. Sea lo que fuere, ahora que los manuscritos, leidos con mas atencion, nos han arrojado en una completa incertidumbre sobre el verdadero nombre del autor, se podrá disputar por Dionisio ó por Longino sin arribar jamás á un resultado positivo, á menos que otros manuscritos ó algunos testimonios vengan á aclarar y á fijar esta cuestion.»

Y yo le pregunto al Sr. Boissonade ¿de donde le vino á Longino esa gran fama que todos con-

fiesan que gozaba en Atenas sino es de la publicacion del Comentario de lo Sublime? Se dice que el autor no cita ningun escritor posterior al siglo de Augusto. Ah! Sr. Boissonade, ahí están citados los de Ammonio ó sea el mismo Ammonio, el cual si quereis que sea el mas antiguo vivia bajo Neron. Pero Hemsterhuisio sospecha que aquí debe mas bien leerse Numénio; en este caso mas moderno aún será el autor citado. Pero ¿Y puede haber mayor concordancia entre el estilo del Comentario de lo Sublime y la comportacion del Ministro de Estado de Zenobia? ¿Qué tiene de particular que un ingenio sublime, perseguido de la cruel fortuna, viéndose pobre y erguido contra la bajeza, enseñase las materias mas elementales, y elaborase al mismo tiempo obras mas importantes? Eso se vé todos los dias. El ilustre Ammonio fué changador; Crisipo sacaba agua del pozo para un jardinero para seguir el aula de dia, y duró esto diez y nueve años. El público honra con sus tardíos sufragios á los desvalidos de la fortuna

que se atreven á querer figurar en las ciencias ó en las letras; aplaude cuando ya importa poco que lo haga ó deje de hacerlo, puesto que es necesario antes convencer á los sábios.

El Sr. Boissonade cita á Juan de Sicilia, autor bien oscuro, á quien no he oído citar nunca. ¿Y qué prueba esa mencionada ignorancia de Juan de Sicilia sino la misma ignorancia de Juan de Sicilia? ¿Quién ha visto jamás un hombre que reúna la calidad de «hábil juez de las formas de estilo» á la de tener «poco talento para escribir bien»? Si tal fué Longino fué único en su género; pues todos los críticos hábiles han sido buenos escritores cualquiera que haya sido el siglo ó la nación como se vé en Aristóteles, Aristarco, Zoilo, no inhábil sino maligno, Horacio, Quintiliano, Escáliger, Wolf, Boileau, Laharpe, Pope, Addison, Jouffroy, y todos cuantos podrian completar la lista. A un hombre tan sesudo como el Sr. Boissonade, el testimonio de Juan de Sicilia no debia parecerle inexacto sino ridiculo y refutado por su propia contradiccion intrinseca.

Y en cuanto á que toda la antigüedad adoleciese de la misma ignorancia, eso no es cierto; Pearce dice claramente que Longino dió á luz esta obra en Atenas. Boileau no dudó de esa autenticidad, ni Tannegui Lefebvre, ni Langbenio, ni Toupio, ni Tollio, ni Juan Alberto Fabricio, ni Oleario, ni Hudson. La disyuntiva ó del manuscrito prueba que su dueño, careciendo del titulo, no se atrevió á decidir si seria de Longino ó de Dionisio de Halicarnaso ,único Dionisio que podia ocurrirsele por haber escrito de esta materia, y ser contemporáneo del retórico Siciliano Cecilio á quien en él se impugna. Pero el Sr. Amati cree que no era propio refutar un libro de retórica tan antiguo. Tal argumento es debilísimo. Era un pequeño librito que casualmente habia caido en manos de Terenciano ó de Longino, y que no fué sino la ocasion de pensar de tratar especialmente el asunto. No era un libro de retórica sinó sobre un punto especial. ¿Qué cosa hay mas frecuente que refutar autores á varios siglos de distancia? El mismo

Longino nos refiere que en su tiempo Eúbulo escribió un Comentario contra los Sofistas Filebo y Górgias. ¿Cuántos son los centenares de Comentarios sobre Homero escritos por los Sofistas de solo un siglo, y precisamente del siglo de Longino? ¿Y á quien se le ocurre poner en duda la autenticidad de un libro á causa de la antigüedad del autor sobre quien, ó en pró, ó en contra de quien se escribe? En este caso un buen número de libros de la Edad Media serian apócrifos, porque se componen de Comentarios sobre Aristóteles.

Pero hay otros manuscritos, originales relativamente al famoso manuscrito número 3083 de la Real Biblioteca de Paris, que no promañan de él, y los Editores, como por ejemplo Pearce que conocia muy bien ese manuscrito, habrian tenido razon de no atender à un argumento negativo hallándose en oposicion con otros positivos. El argumento del Señor Boissonade tendria mas fuerza si se probase que los demas manuscritos son copias del de Paris, por la razon de que

el mero hecho de ser mas modernos, o menos completos, no prueba que tambien son menos correctos. Bien se comprende que uno consiga un manuscrito trunco, y despues uno menos trunco, ó vice-versa, y lo mismo digo de lo correcto ó incorrecto. La disyuntiva *De Dionisio ó Longino* prueba una duda de hecho por parte del copista y nada mas. Ese viejo manuscrito de Paris contiene antes los Problemas de Aristóteles, y el Comentario de lo Sublime viene allí como para aprovechar el pergamino restante, poniendo la sacramental espresion *Leipei* ó sea *Falta* en los blancos, que Pearce notó con asteriscos y nosotros los reproducimos.

El primer fragmento, que tengo razón de sospechar que no lo habrá visto el Sr. Boissonade, prueba irrefragablemente la autenticidad de que vamos tratando. El se encuentra en el celeberrimo Códice de los Evangelios de la Biblioteca Vaticana, señalado con el número 2.— Alejandro Zacagni se lo comunicó á Hudson junto con estas palabras del copista: « Longino

« Retórico, y haciendó ademas la enumeracion de « los grandes Retóricos, los compendia así.» Aquí tenemos un testimonio que no se funda en un monosílabo, que por descuido pudiera deslizarse en un renglón, sino una explanacion detallada. Si Longino pues es autor del Fragmento, él mismo se indica allí como autor del Comentario de lo Sublime; y espresamenté, en el principio, y en la seccion 36, lo llama Comentario, diciendo terminante y esplicitamente: *Peri ypsous ypómnetizesthai*, esto es, comentar acerca de lo Sublime; por lo cual Pearce observa con mucha razon que nuestro autor se muestra modesto, dando el nombre de Comentario á lo que es una obra formal y acabada..

Longino dedica su obra á Postumio Terenciano. El Sr. Boissonade no lo nombra! Podia siquiera haber hecho lo que el traductor inglés Smith que pone una nota para decir que no sabe quien es este Terenciano. Los manuscritos varian sobre el primer nombre y es porque viene en abreviatura, siendo para unos Postu-

mio Florenciano, Postumio Floro Terenciano, y Postumio Flavio Terenciano. Por lo que dice el Comentario de lo Sublime, Terenciano es autor latino y crítico distinguido, lo que cuadra perfectamente á Terenciano, que despues obtuvo el sobrenombre de Mauro, alusivo á su patria, y que florecia por los años 220 de la Era, precisamente cuando estudiaba Longino. Este Terenciano compuso en versos de diferentes clases una Métrica en que desplegó mucha erudicion y amenidad (m). Se podrá disputar si es á este Terenciano á quien vá dirigido el Comentario, pero no será tan fácil citar á otro. Las relaciones de amistad entre la corte de Zenobia y los Sarracenos, el mérito mismo de Te-

(m) Hállase esta Métrica en la coleccion de Gramáticos antiguos de Putsch, 1605; y en otra edicion de Van Santen, 1825. Juan Alberto Fabricio habla de él T. 2. p. 472 de la Biblioteca Latina. El Sr. Barros Pazos la tiene en el Corpus Poetarum de Crispino, y es el solo ejemplar que yo conozco en Buenos Aires.

renciano, su ocupacion, su patria, todo favorece esta conjetura. Fabricio duda si es este á quien dedica Longino su obra, ò si es á Terenciano Prefecto de Siéne en Egipto y celebrado por Marcial (l. 1. Epig. 87), aunque ambas cosas le parecen á Vossio en su obra sobre los Poetas Latinos. San Agustin lo menciona con grande elogio. (De civitate Dei, l. VI y De Utilitate credendi, cap. 17). Tambien lo mencionan Ennodio y Victoriano en la Métrica y Raban Mauro. (De arte Gramática.)

Boissonade observa que el Comentario no debe pertenecer á Dionisio de Halicarnaso por la diferencia de estilo, y yo agrego, por la diferencia de doctrinas; por que Dionisio de Halicarnaso hace un gran paralelo entre Lisias y Tucídides, mientras que el Comentario lo hace entre Lisias y Platon, y lo que es decisivo, Dionisio de Halicarnaso dedica su libro «De la Composicion de las Palabras» no á Terenciano sino «A Rufo Melicio, hijo del mas honrado de sus amigos.» Y Dionisio intitula *Graphe* ó sea *Trata-*

do su Disertacion sobre Lisias, circunstancia atendible tambien en este asunto. En cuanto á Dionisio de Pérgamo, por sobrenombre Ático, Estrabon dice solamente que fué hábil sofista y escritor en prosa, pero no menciona los asuntos de que escribió.

Pero dejando todo eso á un lado, ¿qué dificultad hay en que Longino, como tantos otros, se ayudase con trabajos inferiores á la plenitud de su génio? Por lo demas en el primer Fragmento se menciona á Paulo de Társis que no es otro que San Pablo, como el primero que sostuvo una tésis no fundada en argumentos, y no es difícil que lo conociese cuando en la misma Alejandria, donde tanto se detuvo, enseñaba publicamente el eruditísimo San Clemente, y cuando el maestro de Longino, que es Ammonio Saccas, conocia los autores cristianos; y aqui es propio reparar que Longino no fué directamente de Atenás á la corte de Zenobia, sino que antes residió algun tiempo en Fenicia, lo que se deduce de esto que dice Porfirio: «Cuán grande fué tambien

« la opinion de Longino acerca de Plotino, prin-
« cipalmente por lo que yo le escribia, se mani-
« festará por un párrafo de carta que con-
« tiene su parecer. Pues rogándome que bajase
« yo cerca de él de Sicilia á Fenicia, y trajese los
« libros de Plotino, dice: Y tú por cierto en-
« viame esos libros» etc: Y todo esto ya dicho
en la suposicion de que aparezca una gran di-
ferencia entre el estilo de los Fragmentos y el del
Comentario; pero, si en este caso puedo humil-
demente aventurar una opinion, no creo que
estos Fragmentos sean tan ínfimos que no los
haya podido escribir el autor del Comentario.
En estos Fragmentos se alude á otras obras, á
saber, De lo Sublime, De la Composición de las
Palabras, y De los Afectos que se mencionan es-
presamente en el Comentario. ¿Qué prueba
mas directa? Hasta lo que dice el Sr. Amati de
que Quintiliano cita con frecuencia á Cecilio jun-
to con Dionisio es inexacto; ni los cita juntos
ni los cita mucho,

Se dice que el autor del Comentario de lo Su-

blime no debia admirar el estilo y gravedad de Plotino. ¿Y porqué no? desde que está conve- nido que Plotino es el filósofo mas extraordina- rio de su tiempo, con escepcion de Ammonio Sac- cas, como ademas lo muestra el elogio del car- denal Baronio arriba mencionado, y desde que no se puede sacar argumento contra su estilo, es- tando sus obras incorrectísimas y publicadas de prisa? Pero ¿quien niega, por ejemplo, la im- portancia cientifica, ó el mérito de estilo de Male- branche, porque su teoria de la vision en Dios es un poco nebulosa? ¿Quien desconocerá la gravedad de Descartes, porque no acertó en la cuestion de los torbellinos, y en la del alma de los brutos que reduce á máquinas?—¿Quien per- derá un ápice de su admiracion por Newton, por que Freret lo batió en Cronologia? ¿Quien no admirará á Leibnitz, echándole en cara sus mó- nadas? Y, empleando el argumento á propósito de la autenticidad, ¿quien negará que el Pa- raiso Perdido es de Milton por la razon que el Paraiso Reganado es de Milton? ¿Quien creeria

que el libro de la Ciudad de Dios y las Confesiones de San Agustín, esas dos obras maestras, hubiesen salido de la pluma que escribió el libro «De Música,» que es un esqueleto seco de arte métrica, si el mismo Santo no nos lo dijese? Ya se vé, si quisiera seguir por ese tenor, llenaría páginas y páginas. Argumento muy débil es ese de la desigualdad de estilo ó de mérito entre dos obras para decidir que no son de un mismo autor.

Con respecto á refutar á Cecilio, como fué el primero que escribió del estilo Sublime, y no una Retórica, como se dice, cosa que por otra parte habian hecho ya Aristóteles y Teofrasto, parece al contrario natural que, no habiendo otro Manual de esta materia, lo tomase Longino para refutarlo de paso, y no citase autores posteriores á Cecilio, excepto la escuela de Ammonio, para decir que no queria repetir ejemplos que se encontraban en esos libros modernos.

Y por lo que hace á la liga del nombre de Dionisio ó de Casio con el de Longino; pues quiero

hacer el favor al Sr. Boissonade de no dejar sin respuesta la mas mínima de las objeciones, no es mas estraña esta liga que la de Dion Casio, Dion Crisóstomo, dos nombres Griegos; ó bien, Aurelio Macrobio, greco-latino; ó bien Juan Crisóstomo, judaico-griego, por no hablar de los Romanos que usaban nombres en profusion, como Marco Tulio Ciceron, Publio Ovidio Nason, Quinto Séptimo Florente Tertuliano, y á veces tenian nombres bárbaros, como Caligala y Eliogábalo. La objecion significaria algo, si se hablase de tiempos mas antiguos, porque entonces tratándose de nombres Griegos, el segundo es de pais, como Diodoro Sículo, Apolonio Ródio, Isidoro Pelusiota, y cito á este del quinto siglo para mostrar que el uso antiguo continuaba, pero con numerosas escepciones.

Otra objecion tambien que no significa nada es la del filósofo, que aparece lamentando la falta de libertad, considerándola como madre de la elocuencia, pues el autor del Comentario le hace hablar para refutarlo, y ademas si no hiciera

mucho tiempo que la libertad se habia perdido, ningun filósofo, ni aun en calidad de imaginario, podria tratar semejante cuestion; si lo hizo el autor del Comentario, es porque en su tiempo esa libertad pertenecia á la historia antigua, y no habia peligro en discurrir pacíficamente sobre ella; siendo tanto mas oportuno cuanto que los grandes génius que se aceptaban por sublimes, habian vivido en tiempos de libertad civil y política; pero Longino refuta la hipótesis, y hace ver que no es la libertad civil ó política la que engendra la elocuencia sinó la otra libertad mas grandiosa y prolífica, que es la libertad de las pasiones deprimidas ó envilecedoras, y sobre todo la vanidad y el interés. Está probado que tan elocuentes génius florecen bajo las monarquias, mas ó menos rígidas, como en las Repúblicas, y que el gran secreto está en adquirir ó convicciones profundas ó afectos vivos y permanentes sobre asuntos de importancia, y siempre hay asuntos vitales capaces de suscitar y avivar la llama sagrada, sin que haya mas cambio que en los tópicos á que

sea oportuno dirigirla; pero este seria asunto muy largo de esplanarse, bien que sea tan claro que no requiere pruebas, y las mismas razones valen contra el argumento de la paz universal, pues Longino no la refiere á su tiempo.

Cierro pues aqui toda esta discusion porque me parece muy suficiente lo dicho para mostrar que no hay razones válidas que hagan dudar de la autenticidad del Comentario de lo Sublime. Ahora daré el catálogo de las obras perdidas de Longino. Estas se han compartido en tres divisiones: la primera comprende los títulos enumerados por Suidas; la segunda las obras citadas por Longino en el Comentario ò en los Fragmentos, y la tercera aquellas obras cuya noticia se adquirió de otras fuentes.

Primera serie:—*De lo contestado á Fidias* (ó á *Midias*) contra quien escribió Demóstenes, ó quizá tambien à *Medio*, filósofo citado en el fragmento quinto; *Controversias Homéricas*; *Si Homero fué Filósofo*; *Problemas y Soluciones Homéricas*; *Sobre lo que los Gramáticos interpretan*

como histórico en las historias; *Sobre las dicciones de varios significados en Homero*; *Locuciones Aticas*, dos libros; *Locuciones de Antimaco y de Cleon ó Heracleon*. Segunda serie: *De los Principios*, obra mencionada en Porfirio; *Del Fin*, contra Plotino y Gentiliano Amelio; *Epistola contra Amelio*. Estos dos títulos son de una misma obra, como lo dice Meursio (apud Grævium, Tomo 40. p. 590) citando á Porfirio —*De la Justicia segun Platon*. *Sobre la Retórica de Hermógenes*; *De las Ideas*; *Prolegómenos al Manual de Efestion*; *Contra la jactancia de los Estóicos acerca del alma*; *De lo Sublime*; *De la estructura del discurso*, dos libros; *De los Afectos*; *Sobre Jenofonte*. Tercera serie: *Sobre Planes de Batalla*. Este libro que Gesner dice conservarse en una Biblioteca de Roma, Sellar cree que lo escribiría Longino cuando residia en Palmira con Zenobia. *Sobre los Poetas*, libro que otros atribuyen á Dionisio Faselita. *Las Criticas*, de autenticidad dudosa, pues Laercio, en la vida de Tales, cita á Dionisio por autor de Las Críticas, pero no

dice cual de los Dionisios. *El Discurso de Odenato*, mencionado claramente por Libanio; y por último *Los Filósofos*, citados como de Longino por el anónimo autor de la vida de Apolonio.

El lector verá que no sigo la enumeracion del Sr. Boissonade, que en efecto viene sin pruebas de ninguna clase; y lo único que me resta que desear es que aproveche de este trabajo, para el cual reclamo su justa indulgencia; pues ni en la Biblioteca Pública ni en las de mis amigos, se encuentran ciertos originales, que habria deseado consultar; pero asi mismo esta es la vida de Longino la mas completa y documentada que ha estado en mi poder hacer, y aseguro que no he carecido de diligencia, decidiéndome á publicar esta obra en despecho de mis pocas aptitudes, porque en lengua castellana ó no existe nada sobre esto ó al menos la mucha escases justifica mi empresa.

J. M. LÁRSEN.



DE LO SUBLIME.

SECCION 1.

IMPERFECCION DEL ESTILO DE CECILIO—NOCION DE LO QUE ES SUBLIME.

El librito de Cecilio sobre lo Sublime, cuando nos detuvimos á examinarlo, como recordarás, querido Postumio Terenciano, apareció en cuanto á su estilo inferior al asunto, y ni tocaba las materias mas importantes, ni brindaba mucha utilidad á los lectores, que es sin embargo, á lo que mas debe aspirar el escritor.

En toda enseñanza se requieren dos cosas, la primera hacer conocer el punto de que se trata, y la otra, segunda en orden pero no en importancia, indicar la manera y método de amañarse en ello. Pero Cecilio, como si no lo supiéramos, se empeña en mostrar con mil ejemplos qué cosa es lo Sublime, y descuñla como in-

necesario el ver de qué medios podríamos valer-
nos para lograr algun adelanto. Con todo, no
hay quizá tanto que repararle por lo que ha
omitido, y antes bien será justo que reciba nues-
tros elogios por su inventiva y buen empeño.

Y puesto que has exigido que por mi parte yo
tambien, nada mas que en obsequio tuyo, haga
mis observaciones sobre lo Sublime, veamos si
efectivamente tenemos algunas ideas que parez-
can útiles á los hombres versados en la práctica
de la elocuencia. Pero tú, como es justo y con-
veniente, caro amigo, me comunicarás, sobre to-
das ellas, lo que juzgues mas acertado, porque
habló muy bien el sabio que, declarando qué
cosa tenia el hombre que lo asimilase á los Dio-
ses, «la beneficencia, dijo, y la veracidad.»

Ahora bien, al escribirte á ti que eres hombre
erudito, no tengo, digámoslo asi, necesidad de di-
sertar largamente para mostrar que en lo Subli-
me estriba la elevacion y excelencia de los escri-
tos, y que por ningun otro título se han distin-
guido los mayores poetas y prosistas, y han ga-

nado la inmortalidad para sus obras—Los rasgos sublimes no inducen la persuacion, sinó que imperan la admiracion, y lo admirable domina siempre sobre lo persuasivo y sobre lo delicado por la energia con que arroba á los oyentes. Por lo comun, está en nosotros el persuadirnos mas ó menos; pero lo Sublime, trayendo consigo una fuerza, un impetu irresistible, se sobrepone de todo punto á la voluntad. Lo ingenioso de la invencion, el órden y arreglo de las materias no se traslucen en una ni dos frases; á penas si se vislumbran en todo el contexto del discurso; pero lo Sublime, cuando se produce á tiempo, se lleva todo por delante con el impetu del rayo, y ostenta de golpe todo el mérito y poder del orador. Mas esta verdad, y todo lo que se enlaza con ella, me figuro, querido Terenciano, que tú mismo lo esplicarias muy bien sin mas que tu esperiencia.

•

SI HAY UN ARTE PARTICULAR DE LO SUBLIME, Y DE LOS
VICIOS QUE LE SON OPUESTOS.

Pero á mi me incumbe desde un principio inquirir si existe un arte de lo Sublime, ó de lo grande; porque algunos enteramente son de opinion que van errados los que reducen estas materias á preceptos artísticos. «Los rasgos sublimes,» dicen ellos, «son productos del génio; « no pueden enseñarse; la única doctrina para « eso es haber nacido con ese don; las obras de « la naturaleza se deterioran, se hacen raquíti- « cas, si se disecan asi por las timideces y minu- « ciosidades de las reglas.» Y yo digo, y las pruebas lo harán ver, que es cosa muy distinta; porque, se ha de reflexionar que, si por una parte en los trozos pateticos y elevados, la naturaleza no recibe ley sinó de si misma, tampoco gusta ella mostrarse inconsiderada, temeraria y sin método; y si bien ella posee cierto elemento pri-

mitivo, cierto tipo original de todas las cosas, tambien el método es propio para determinar el grado y oportunidad, y aún para inducir el ejercicio y el uso menos espuesto á error. Y cabalmente los movimientos sublimes son los que mas peligro tienen, cuando toman vuelo y se sueltan sin estabilidad, sin lastre, desatendiendo la ciencia, y abandonándose al solo impetu de un atrevimiento ignorante, porque, como dicen, el aguijon suele ser útil y á veces el freno.

Lo que Demóstenes declara acerca de la vida comun de los hombres:» Que el mayor de los bienes es tener suerte; y el segundo, que no es menos, es el obrar con prudencia, sin lo cual todo se esteriliza,» eso mismo diriamos de los escritos; esto es, que el talento ocupa el lugar de la buena suerte, y la doctrina el de la prudencia. *Y aun este mismo punto tan importante de saber que existen ciertas ventajas que solo el génio las dá, no podemos averiguarlo sinó por el arte. Si pues, como he dicho, reflexionare sobre todo esto el que desapueba á los preceptistas, me pare-*

ce que no tendrá ya por redundante ó inutil el entrar á examinar estas materias.

5.

DEL ESTILO HINCHADO O HIPERBOLICO.

* * * * *

“ Vaya ese fuego inmenso de la hornalla
“ Contenga luego; que si yo tan solo
“ Viere saltar un rizo de esas llamas,
“ No està lejos que el techo todo encienda,
“ Y en un cúmulo de áscuas lo convierta!
“ Pues qué? ¿No es esto hablar en tono fuerte?”

No son trágicas tales espresiones sinó mas bien sobretrágicas. Los «rizos de llamas,» y otras imágenes, como «vomitar á los aires» y llamar á Bóreas «flautista» y las que se parecen son del mismo jaez. Con tales frases y visiones, los pensamientos se enturbian y oscurecen, lejos de recibir mas energia; y si examinamos cada una de ellas algo mas de cerca, eso que visto á la ligera parecia terrible ó magnífico, se torna

facilmente en ridículo. Y si en la tragedia, género que de por sí es fastuoso y propenso á dar cabida á la espresion enfática, es sin embargo imperdonable perder el compás, mucho menos me parece que pueda permitirse en las obras en que solo debe reinar la verdad,

Por eso tambien se critican aquellas espresiones de Górgias Leontino: «Aquel Jerjes, Júpiter de los Persas,» y «los buitres, animados sepulcros,» y algunas de Calistenes que son no sublimes sinó demasiado remontadas; y aún mas las de Clitarco, pues es hombre bromista y que, como dice Sófoles, sopla por cierto en flautas no pequeñas pero sin embocadura.» Y seguramente son del mismo carácter ciertas frases que se hallan en Anicrates, Hegesias y Mátris; pues muchas veces, cuando les parece que están inspirados, no se elevan sinó que desbarran.

No cabe duda que, siendo la hinchazon el vicio quizá del que mas se debe huir, es tambien el mas difícil de evitar. Todos los que desean al-

canzar á lo Sublime, y huyen de ser arguidos de aridez y frialdad, no sé como. se dejan ir, fiando en aquello de que,

Tropezar en grave empeño

No será grave deslíz.

Pero tanto en los cuerpos como en los escritos hace mala figura todo lo que, siendo abultado no tiene la correspondiente solidez, y mas bien arguye vaciedad; pues, como dicen, nada hay mas seco que un hidrópico.

Asi, la hinchazon quiere remontarse mas que lo Sublime; pero el otro vicio, la puerilidad, ocupa el extremo directamente opuesto, por ser propio de un estilo ramplon, apocado, y seguramente el mas vulgar de todos los defectos.

¿Y qué cosa es el estilo pueril? Es un pensamiento que no se siente, que trasciende á escuela, que por lo nimio y remilgado, resulta insulso; y en este género se deslizan los que, ansiando producir una espresion cabal y elaborada, y mas que todo, elegante, dan en lo vulgar y rebuscado.

Hay un tercer vicio, análogo á este, en los trozos apasionados, y es lo que Teodoro llamaba «Parentirso,» ó sea entusiasmo á sangre fría. Consiste en un afecto inmotivado, intempestivo y que se produce cuando no se requiere, ó mas intenso de lo que se precisa— Muchas veces algunos, como si estuvieran ébrios, se dejan llevar de afectos ajenos á la situación, enteramente propios de ellos y no del asunto y puramente artificiales. Se conmueven estando el oyente en calma, y con justicia son desairados por los que nada de eso han podido sentir.

Pero nos reservamos otro lugar para tratar del estilo que conviene á los asuntos patéticos.

4.

DEL ESTILO FRIO.

En cuanto al vicio de que hablé arriba, quiero decir, el estilo frio, es el género en que abunda Timeo, á pesar de ser un autor dotado de bastantes prendas, y à veces no escaso en rasgos su-

blimes, erudito, y lleno de pensamientos; pero tambien harto propenso á reparar defectos ajenos sin atender á los suyos, y que, por su afan de idear siempre nuevos y estraños giros, muchas veces cae en una extrema puerilidad. Produci-
ré de este autor uno que otro ejemplo tan solo, porque los mas han sido ya reparados por Cecilio. Para elogiar á Alejandro Magno dice:
« El cual sujetó el Asia entera en menos años
« que los que empleó Isócrates para escribir su
« discurso panegirico acerca de emprender la
« guerra contra los Persas.» Famosa comparacion por cierto la del héroe Macedónio con un retórico! Pero es manifesto, O Timeo, que bajo este aspecto Isócrates ha sido mucho mas esforzado que los Lacedemónios, porque estos consumieron treinta años para apoderarse de la Mesénia, y aquel solo tardó diez en componer su panegirico. Y mas adelante ¿de qué manera insulta á los Atenienses tomados prisioneros en Sicilia? Dice que «por haberse portado impia-

« mente con Mercurio, (a) y haber mutilado sus
« estatuas, por éso fueron castigados, y princi-
« palmente por el intermedio de un hombre que
« por la linea paterna descendia de aquel Dios
« ultrajado, es á saber, Hermócrates, hijo de
« Hermon.»

De manera que me admiro yo, por cierto, querido Terenciano, como es que no escribe tambien contra el tirano Dionisio; «que siendo
« impio con Júpiter y con Hércules, por eso
« Dion (b) y Heráclides le despojaron del mando»: Pero ¿qué hay que hablar de Timeo cuando, aún aquellos génios, quiero decir Jenofonte y Platon, á pesar de haber salido de la escuela de Sócrates, con todo, por lo remilgado de sus espresiones, parece á veces que se olvidan de si mismos? El primero, en su libro sobre la República de los Lacedemónios, escribe asi: «De cierto, me-
« nos fácil seria oir la voz de estos jóvenes que
« las de unas estatuas de piedra; antes que ellos

a Mercurio en griego *Hermés*. •

b Del genitivo *Diós*, nominativo *Zeus*, Júpiter.

« desviasen la vista, lo harian mas bien las está-
« tuas de bronce, y los tendrias por mas recata-
« dos que las mismas niñas que están en nuestros
« ojos.» Bien le estaba eso á Anfícrates y no á
Jenofonte el llamar «niñas recatadas» las pupi-
las que tenemos en los ojos. Y lo que cuesta,
por Hércules, el figurarse que todos ellos sin
excepcion tuviesen modestia en las pupilas, quan-
do vulgarmente se dice que en nada se pone tan
en claro la desvergüenza de algunos como en los
ojos? El Poeta le dice á un desvergonzado:
«Ebrio, ojos de perro» (c) En quanto á Timeo,
como si hubiese sorprendido un plágio que le
hubieran hecho, ni eso siquiera le deja á Jenof-
fonte, y hablando de Agátocles, dice que «ha-
« biendo dado en matrimonio una prima suya, la
« arrancó del aposento reservado y se fué; lo
« cual ¿quien habia de hacerlo que no tuviese en
« los ojos no digo niñas modestas sinó volan-
« tonas»?

c En la Iliada, Aquiles se lo dice á Agamémnon.

¿Y que hace Platon? por lo demas, escritor divino. Hablando de ciertos libros, dice: «Despues que hayan escrito tales cosas, depositarán en los templos esos monumentos de ciprés» (a) Y en otro lugar: «Por lo que hace á los muros, O Megilo, yo me pondré de parte de Esparta para que dejemos dormir esos muros, tendidos en el suelo, y no los despertemos». Y aquello de Herodoto no dista mucho de lo anterior, el llamar á las lindas mugeres «dolores de los ojos;» aunque él tiene cierta excusa, porque en su narracion los que tal dicen son estrangeros y en estado de embriaguez, pero ni aún en boca de tales conviene faltar al decoro ante la posteridad.

3.

ORIGEN DE LOS VICIOS DEL ESTILO.

Todos estos defectos que tanto afean las producciones del ingenio nacen de una causa

a Como es sabido, los rollos de pergamino se guardaban en cajas de ciprés, á lo que alude Horacio en el arte Poética; pero en una época remota escribían en madera, como por ejemplo, las leyes de Solon.

única que es el prurito de lucir nuevos giros de espresion, en lo que tanto se propasan los escritores del dia; porque de las mismas fuentes que vierten bellezas derivan las imperfecciones. Así, las galas de la narracion, los rasgos elevados, la delicadeza de los conceptos, los mismos adornos, instrumentos de buen éxito y que tanto contribuyen á realzar los escritos, originan á veces lo contrario. Lo mismo sucede con las hipérboles y amplificaciones, cuyos peligros mas adelante mostraremos.

Por consiguiente, preciso es ya inquirir y determinar como podriamos evadir estos vicios que suelen mezclarse en trozos por otra parte excelentes y sublimes.

6.

ESTOS VICIOS PUEDEN EVITARSE.

Eso no es imposible, querido amigo, si desde un principio nos formamos una idea clara de lo verdaderamente sublime y un criterio para juz-

garlo; y esto no es cosa fácil, porque el buen discernimiento de los escritos es el último fruto de una larga experiencia. Con todo, sea dicho por anticipacion, no es quizá imposible hallar un medio de reconocerlo.

7.

CRITERIO DE LA SUBLIMIDAD.

Menester es considerar que, como se vé, aun en la vida comun, nada es en sí grande cuando hay cierta grandeza en despreciarlo, como por ejemplo, las riquezas, los cargos y honores, los mandos y otras cosas análogas, que en despecho del mucho brillo exterior, no le parecerán al verdadero sábio bienes de primer orden, siendo el mismo desprecio de ellas una ventaja no pequeña; pues no son tan admirados los que disfrutan de ellos, como los que, pudiendo poseerlos, no se cuidan de tal adquisicion, por un efecto de su grandeza de ánimo. Y en cierto modo tambien debe verse en los trozos elevados de los poemas y demás escritos, si no sucede acaso que tengan

una apariencia de sublimidad (muy parecida á lo que se vierte en el calor de la composicion), y de un caracter tal que, vertidas las ideas con otras espresiones, aparezcan destituidas de fondo, y sea mas acertado desecharlas que admirarlas. Pues en presencia de lo verdaderamente sublime, nuestra alma se eleva espontáneamente, y arribando, si puedo hablar así, como á una especie de encumbrado enagenamiento, se llena de gozo y satisfaccion, ufana cómo si ella misma hubiera producido lo que tan solo sintió.

Así pues, cuando á un hombre de buen juicio, acostumbrado á contemplar bellezas literarias, algun trozo, oido repetidas veces, no le induzca er-
guimiento en el ánimo, y no le dé que pensar, antes por el contrario aparezca mas débil á consecuencia del exámen, bien podrá decirse que no es realmente sublime, y que sólo halagaba al oido. Porque á una belleza real, cuya contemplacion se prolonga, no solo es difícil sinó que es imposible resistir, y su impresion es fuerte é inolvidable. En suma, se debe considerar como verda-

deramente bello y sublime lo que agrada á todos y siempre; y cuando un gran número de hombres que difieren en costumbres, género de vida, pasiones, edades, aplauden á un mismo tiempo unas mismas cosas en unos mismos escritos, entonces, esa mezcla, esa armonía entre las diversas opiniones adquiere á tal admiracion un irrecusable testimonio de legitimidad.

8.

HAY CINCO FUENTES DE LA SUBLIMIDAD.

Existen, digámoslo así, cinco fuentes principales de las que surgen los rasgos sublimes, y que presuponen como fundamento comun á todas ellas el don de la elocuencia sin el que nada hay. La primera y que á todas se aventaja es un feliz arroj en las espresiones, segun lo esplicamos al hablar de Jenofonte; la segunda es el afecto vehemente y que parece como inspirado de arriba; y estas dos cosas que constituyen lo sublime, nacen en su mayor parte con el hombre.

Pero las otras se adquieren tambien por el arte, como la tercera fuente, que consiste en el acertado empleo de las figuras ya de sentencias ya de diction; la cuarta, que es una brillante elocucion, cuyos elementos son la eleccion de voces, y la diction elaborada y animada con tropos; y por fin la quinta causa de sublimidad, que encierra en sí todas las anteriores, y es una espléndida y vigorosa composicion. Puesto que, decia yo, son estas las cinco fuentes de lo sublime, veamos lo que pertenece á cada una de ellas, advirtiendo solamente que Cecilio omitió algunas de estas cinco partes, como por ejemplo, los afectos; porque, si estas dos cosas, lo patético y lo sublime, le han parecido una sola, y de todo punto coexistentes y ligadas por naturaleza, se equivoca. Ciertos afectos aparecen distintos de lo sublime, y apocados, como son lamentos, quejas, temores; y muchos rasgos sublimes hay sin afecto alguno, como, dejando aparte otros innumerables, aquello que acerca de los Aloidas dijo el poeta con una audacia feliz:

Y sobre el Olimpo el Osa emprendieron,
Y à mas sobre el Osa el Pelion frondoso
Poner, á fin de trepar hasta el cielo.

Y aquello que agregó, aun mas grandioso:

Y es la verdad que así lo huhieran hecho!

Al menos, entre los oradores, los encómios. y los discursos de aparato están llenos de grandiosidad, y las mas veces carecen de afectos; de lo que resulta que los oradores que son hábiles para escitar las pasiones, no lo son para los elogios, y los que saben alabar no son aptos para conmover.—Que si al revés Cecilio se figuró que lo patético no contribuye á lo sublime, y por eso no lo creyó digno de mencion, se engañó completamente; porque yo afirmaria con toda confianza que nada hay tan magnífico como el afecto vehemente y traído con oportunidad, cuando se difunde como el aura de un entusiasmo íntimo que trasciende en todo el escrito.

9.

DE LA AMPLIFICACION, Y ELEVACION DE SENTIMIENTOS.

Sin embargo, puesto que el primero de estos géneros, el que consiste en la elevacion, es el mas importante, y aún en la suposicion de que mas bien es un don de la naturaleza que una ventaja susceptible de adquirirse, aún asi mismo, digo, es preciso educar nuestro espíritu en esa tendencia, y hacer brotar en él de continuo una noble confianza llena de vigor y firmeza. Pero ¿de qué modo? preguntará alguno.

Ya lo he dicho en otro lugar. Tal sublimidad es el eco de la grandeza de alma; tanto que, aún sin la voz, el sentimiento, desnudo y por sí solo, cautiva la admiracion á causa de la magnanimidad que revela. Como por ejemplo, el silencio de Ajax en la Odisea, es grande y mas sublime que todas las palabras. Por consiguiente, lo que ante todo conviene esponer sobre esto es que el verdadero orador debe tener un ánimo que no sea humilde ni apocado; porque no pue-

de ser que los que en toda su vida se ocupan y tratan de cosas pequeñas y serviles, profieran algun pensamiento admirable y digno de pasar á la posteridad. Grandes son los escritos de aquellos cuyos pensamientos lo son.

Eso es natural: y del mismo modo tambien las espresiones mas sublimes son los arranques de los génios mas altivos. Aquello que Alejandro contestó á Parmenion, cuando este le dijo: «Yo por cierto admitiria esas condiciones si fuera que Alejandro»; y yo tambien si fuera que Parmenion», muestra toda la grandeza de aquel héroe. Y tambien aquello hablando de la Discordia:—

“Allá en el cielo oculta la cabeza
Y con su pié sobre la tierra estriba,”

muestra la sublimidad del genio de Homero al mismo tiempo que la distancia que hay del cielo á la tierra, pero de un modo que pareciera mas bien la altura del Poeta que no la de la Discordia.

No se parece á esto lo que dice Hesiodo de la Tristeza, si se ha de creer en realidad que sea

suyo el Poema intitulado: El Escudo de Hesiodo:

“De su cerebro negros humores fluyen.”

Pues no ha presentado una imágen terrible sinó repugnante; pero el otro ¿cómo se torna sublime cuando habla de los Dioses:

“Y cuanto espacio en el aire divisa
El centinela en su peñon sentado,
El verde mar sereno contemplando,
Tanto del Dios los briosos caballos
De un solo brinco abarcan jadeando.”

Mide la celeridad del movimiento, igualándolo á la estension del horizonte. ¿Y quien no tendria razon, en vista de la sublimidad de esta imágen, para decir que, si los caballos de Neptuno son escitados siquiera una vez mas á correr, no han de hallar espacio en el mundo?

Tambien son magníficas aquellas imágenes en la guerra de los Dioses:

“Y todo en torno
Resonó el vasto Empireo y el Olimpo,
Y se asustó allà abajo el Rey del Orco
Pluton, al ver tal ira de su hermano.

Veloz del trono baja, y alzando el grito,
Temiendo ya que al choque del tridente,
Se abra la Tierra y muestre esas regiones,
Lóbrego y triste asilo de las sombras,
A Dioses y à mortales tan odioso!

¿Ya ves, amigo, cómo la tierra, abriendo grietas en sus cimientos, y revuelto el mundo, cual en el cáos, todo á un tiempo el cielo, el Orco, los mortales, y los inmortales en un solo conflicto se amedrentan y peligran? Pero á la verdad, todos estos conceptos, que efectivamente son terribles, son por otra parte impíos é indecorosos, si no se toman en el sentido de la alegoría; porque Homero, cuando ha pintado en sus escritos los choques, las heridas, las venganzas, las lágrimas, las prisiones y todos los percances que allí sufren los Dioses, me parece que, en cuanto pudo, ha trocado á los hombres que figuraron en la guerra de Troya en Dioses, y estos en hombres. Respecto á nosotros por lo menos, si somos infelices, nos aguarda la muerte, puerto de la desgracia; pero él atribuye á los

Dioses una existencia eterna, y una desdicha tambien eterna. Mucho mejores son los trozos en que representa el nùmen de los Dioses como es en realidad, grande, puro y sin mancha; como por ejemplo, entre muchisimas cosas que dejo, siendo este un punto tratado por muchos autores, aquello que dice hablando de Neptuno, y describiendo la impresion de sus pasos:

Y al bajar Neptuno,
Montañas, selvas, cumbres, y ciudades,
Naves, guerreros Griegos y Troyanos,
Sintiendo andar al Dios se estremecian.
Sobre las olas dirigióse; y luego
Venir à él las ballenas se veían
El hondo mar dejando placenteras
Por recibir al Rey à quien temian,
A cuyo encuentro el mar regocijado
Entreabrióse, y volaba en su carro
Con alados corceles.

De un modo análogo tambien, el Legislador de los Judios, varon nada comun, despues que concibió en la mente el poder de Dios y con la dignidad que convenia, lo manifestó escribiendo en

el preámbulo mismo de sus leyes: Dijo Dios, y qué? Dijo Dios: Hágase la luz, y se hizo; hágase la tierra, y se hizo.

No pareceré quizá molesto, querido Terenciano, si añadido un rasgo mas todavía de los que atañen á los hombres, para que veas de qué manera Homero nos acostumbra á entrar junto con él en lo elevado y lo heróico.

Una oscuridad repentina que no permite á los combatientes verse unos á otros contiene el impetu de los Griegos. Entonces el héroe Ajax, no sabiendo qué hacerse, prorrumpe:—

Mas tú esa niebla aleja, O Padre Jove,
Que á los Griegos el pelear prohíbe,
Dános la luz; y, si lo pide el hado
Piérdenos luego.

Eso es en verdad lo que siente Ajax; no desea el vivir; tal ruego no cuadra con el carácter del héroe; en medio de esas tinieblas él se halla en una inaccion forzada; no puede hacer alarde de su valor en ningun lance; despechado al convencerse que nada puede hacer en la pelea, ruega que

haya luz cuanto antes, para en ella encontrar un fin digno de su bravura, aún cuando el mismo Júpiter se declare contra él. Mas aquí Homero mismo es quien, á la manera de un viento favorable, incita á los combates, y él mismo no estaba en otra situacion que, por usar de sus propias palabras:

Cuando Marte su lanza vibrando
Se enfurece, cual fuego dañino
Por los montes corre, y la selva
En monton decenizas convierte,
Asi, en torno á su boca la espuma
Viene siempre.

Sin embargo, y en esto se debe poner atencion por muchas razones, en la Odisea nos manifiesta que es propio de un gran génio, cuando ya declina, el complacerse en las fábulas y narraciones en la vejez. Pues de muchos otros modos se prueba que Homero compuso este poema despues del otro, y tambien porque ha presentado los restos de los trabajos de Troya como episodios en la Odisea, ó sea como unos argumentos adventi-

cios al de la guerra de Troya; á fé mia, tambien porque los lamentos y quejas de los héroes los refiere allí como cosas pasadas, y como recuerdos. La Odisea no es otra cosa sinó un epilogo de la Iliada. El anciano Nestor dice:

Y cierto que allí murió Ajax valiente;
Aquiles yace allí; tambien Patroclo
En el consejo fiel y mi caro hijo
Alli tambien.

Y por eso mismo es, creo yo, que todo el conjunto de la Iliada, escrita en el vigor de su génio, no respira mas que batallas y empresas arrojadas, mientras que en el de la Odisea domina la narracion que es el gusto de la vejez. Por manera que alguno podria en la Odisea comparar á Homero al sol poniente que conserva toda su amplitud, aunque no la vehemencia de sus resplandores. Aqui no tiene ya aquel impetu, aquella intensidad de brios que reina en los cantos Iliacos, ni aquellos rasgos sublimes que se suceden por igual y sin intermision, ni aquel raudal de movimientos apasionados que surgen unos en pos

de otros como unas olas, ni aquel modo de expresarse tan vivo, tan espresivo, tan lleno á cada paso de imágenes tomadas de la realidad. A la manera del Oceano que se retira en si mismo replegándose á distancia de sus limites, los pasages sublimes en la Odisea aparecen como retirándose en las profundidades de aquellas fabulosas é increíbles divagaciones.

Y cuando digo esto, no me olvido de aquellas tormentas, ni de las aventuras en la cueva del Ciclope y tantas otras cosas. Esto mismo es lo que yo llamo la vejez, pero, digo, la vejez de Homero. Y en verdad, aún en cada uno de estos episodios es mas la narracion que la accion.

Me he estendido sobre estos puntos para mostrar, como dije, con qué facilidad los génios mas sublimes, cuando ya decae su vigor, se dejan arrastrar á veces á tonterias y puerilidades, como aquello que dice del odre, y de los compañeros de Ulises que Circe mantenía como á cerdos (son los que Zoilo llamaba «los chanchitos mimados»), y de Júpiter á quien las palomas

mantenian á grano como si fuera un potrillo, y de Ulises que, en un naufragio, estuvo diez dias sin comer, y de la matanza que hizo de los pretendientes, todas cosas increíbles y que bien podriaⁿ llamarse sueños y desvarios de Júpiter.

Y tambien por otra razon se han de recordar estas cosas acerca de la Odisea, y es para conocer de qué manera, debilitándose el vigor de los afectos en los grandes escritores de prosa y en los poetas, su estilo se diluye y forma el género de la narracion sosegada; pues todo eso que refiere tan apaciblemente, y con tantos pormenores, acerca del modo de vivir de los amantes de Penélope, viene á ser á la manera de una comedia en que se reproducen las costumbres de los hombres.

10.

DE LA ELECCION DE CIRCUNSTANCIAS.

Veamos ahora que otra cosa tenemos que contribuya á la sublimidad de los escritos.

En todas las situaciones, y por la naturaleza misma de las cosas, hay una porcion de inci-

dentés que se ligan por su comunorigen à la materia principal. En consecuencia, serian ellas necesariamente para el escritor una fuente de sublimidad, si él pudiese siempre elegir aquellas circunstancias mas nobles que gozan de tal adherencia, y agruparlas en un solo conjunto; pues lo sublime resulta en parte de la eleccion de las circunstancias mas importantes, y en parte de la conveniente aglomeracion de las que se hayan elegido.

Safo pinta las angustias que se sufren en los arrebatos del amor, eligiendo las circunstancias y espresándolas con viveza y verdad; y en lo que mas se distingue es en el tino con que las elige y combina, no empleando sino lo mas hermoso y fragante que presentan:—

Rival creeria yo ser de los dioses
El que, gozando junto á tí sentado,
Está el son dulce de tu voz oyendo
 Con alegría.
Cuando sonries tan amablemente,
Celosa el alma toda se estremece,

Se ahoga la voz, se cierra el lábio
Cuando te miro.

Un fuego sutil arde en mi, no veo,
Mi cuerpo tiembla, mis oídos silvan,
Frios sudores siento, y me parece
Que desfallezco.

Mas, osaré; pues si al pobre, * * * *

¿No admirais cómo al mismo tiempo parece que anduviera buscando su alma, su cuerpo, sus oídos, su lengua, sus ojos, su color, cual si los hubiera perdido y los echase menos? y cómo alternativamente está serena y agitada, está cuerda y desatina? No parece sino que está desmayada y próxima á morir, y que no es un afecto sino un torrente de pasiones lo que pasa por ella. Por cierto, los amantes todo eso experimentan; pero esa eleccion de circunstancias dominantes, su enlace y reunion es lo que constituye la sublimidad de este pasage.

De este mismo modo el poeta Homero en sus descripciones de tormentas, ha sabido reunir las circunstancias mas terribles. El que escribió el

Poema de los Arimáspios presenta como grandioso lo siguiente:—

Causábanos aquello gran sorpresa
Viendo surcar el mar impetuoso
A aquellos hombres, cuyo infeliz destino
Es no ver mas que cielo y que oleadas;
Lejos su hogar, lejos su dulce tierra,
Sufriendo mil afanes, y ya en los astros
O ya en el mar sus tristes ojos fijan
Postrados y enfermizas sus entrañas,
Con vano ruego cansan à los dioses.

Yo creo que, para cualquiera que sea, estas cosas, dichas así con tanta suavidad, tienen mas bien algo de florido que no de sublime. Pero Homero ¿cómo pinta eso mismo? Pongamos un ejemplo entre tantos:

Y se les vino encima,
Como una ola, cuando de la tormenta
Es impelida contra la veloz nave,
Llena de espuma erguida se abalanza,
Y en la vela se oye crugir el viento;
Y ya trepidan y temen los marinos
Que poco distan de la negra muerte.

Tambien Arato trató de reproducir esta idea:

Y débil se interpone

Un ténue leño entre ellos y la muerte.

Pero con eso, ha dado una imágen elegante y una espresion amenazadora én vez de terrible, y además, ha señalado un término para el temor, diciendo: Un leño se interpone entre la muerte; luego, el peligro queda distante. Homero no pone término á la inquietud, antes bien representá á los hombres como á punto de perecer á cada embiste de las olas, y reuniendo con violencia ciertas particulas contra su indole, y contra su uso natural y acostumbrado, ha impreso al ritmo y cadencia de aquel verso un sacudimiento tan original que casi parece traer la imágen y el sonido mismo del choque de la nave y de las olas. No de otro artificio se ha valido Arquíloco en su naufragio, y Demóstenes al exponer la emocion que causó la noticia de la toma de Elatea por Filipo. Y los grandes oradores se distinguen en esto de saber elegir y combinar las principales cir-

cunstancias, no introduciendo nada que sea insignificante ó inútil, ni que parezca traído con estudio; porque tales pormenores son como los deshechos ó astillas de madera que desprecian los escultores, y que impedirían la buena trabazon y eficacia que resulta de la acertada condensacion y aglomeracion de las ideas principales.

11.

DE LA AMPLIFICACION.

Análoga virtud poseen los que saben usar á propósito eso que llaman amplificacion ó incremento.

Esto tiene lugar, cuando en ciertas materias que lo admiten, ó en las causas forenses, se combinan los conceptos en periodos numerosos y bien compartidos: los cuales van ensanchándose y corroborándose mutuamente, y cobrando así mayor energia y lucimiento.

Pero en esto, sea que se haga por medio de los comunes tópicos de elocuencia, ó por medio de las figuras de ponderacion, ó por la aglomeracion

de pruebas, ó por la série de hechos y afectós, pues son innumerables los géneros de incremento, siempre debe conocer el orador que, si las ideas no son de por sí enérgicas y grandiosas, nada conseguirá con tales artificios, escepto sin embargo los casos en que se trata de mover la compasion, ó de atenuar alguna cosa. Porque si á cualquiera de las figuras de incremento se le quita la sublimidad intrínseca de las ideas, será como los miembros de un cuerpo bien proporcionado pero sin vida, y toda su eficacia se desvanecerá faltando la base en que estribaba.

Y ahora voy á demostrar, en breves palabras, cómo estos adornos de que estoy tratando difieren de lo que precede, quiero decir, del bosquejo y condensacion de las principales circunstancias, y cómo en general lo sublime difiere de lo simplemente amplificado.

12.

LO QUE DEBE ENTENDERSE POR AMPLIFICACION.

En primer lugar no me gusta la definicion de

los retóricos. Incremento, dicen ellos, es una oracion que aumenta y engrandece las cosas. Esta definicion puede ser comun á la sublimidad á los afectos y á los tropos. Todas estas cosas comunican cierta grandeza al discurso; pero á mi me parecen diferir en que la sublimidad exige elevacion en el language, mientras que en la amplificacion entra el número. Por esta razon, lo sublime suele brillar á veces en una sola frase, mientras que la amplificacion no existe sin una cierta abundancia y pompa de palabras.

Yo definiria el incremento en general un aumento de espresiones, sacadas de todas las circunstancias y lugares comunes, y que completa y fortifica el discurso, inculcando en lo que ya se dijo; y difiere de la prueba, en que esta se emplea solo para demostrar y convencer acerca de alguna cuestion. * * * *

En esta parte, Platon no pocas veces se ha difundido con una sorprendente afluencia, y, podria decirse, como se extiende un anchuroso mar. De donde resulta, segun me imagino, que Demós-

tenes, como que es mas poderoso para conmovex los afectos, tiene mucho de inflamado, precipitándose sus periodos como á impulsos de la ira: pero Platon, con su elevacion y su magnifica gravedad, nada tiene de frio, aunque no procede con la impetuosa violencia que caracteriza al otro.

Y no en otra cosa, segun entiendo, carísimo Terenciano (si es que nosotros griegos podemos juzgar con algun acierto acerca de los latinos) tambien Ciceron difiere de Demóstenes en la sublimidad; pues este muchas veces se muestra sublime, siendo muy conciso, mientras que Ciceron lo es por su misma afluencia. Y Demóstenes que, con su arranque y celeridad, con el impetu de su vehemencia, parece que todo lo abrasa y lleva por delante, puede compararse al torbellino de una tormenta ó al rayo mismo; y Ciceron, como un incendio que se propaga á lo lejos devorándolo y recorriéndolo todo. se revuelve á todos lados, trayendo consigo el alimento mismo de su llama difundida en todo su discurso, y cobrando á cada instante nuevos brios.

•

Pero acerca de eso vosotros juzgareis mejor que yó.

La oportunidad del estilo de Demóstenes y de su proceder impetuoso es sin duda en las exageraciones, en los afectos vehementes, y cuando se trata de causar en los oyentes una viva impresión; y la del estilo Ciceroniano, cuando conviene halagarlos; pues tal proceder es muy adecuado á este objeto, empleando los lugares comunes, los epilogos, las digresiones, y todo lo que trae consigo narracion y lujo de espresiones, las historias, las descripciones de cosas naturales y otros arbitrios.

13.

DEL ESTILO SUBLIME DE PLATON Y DE SU IMITACION.

Pero volviendo á Platon, he dicho que fluyendo á la manera de un rio caudaloso aunque tranquilo, no por eso deja de mostrarse sublime; y eso no lo ignoras tú que has leído en su República trozos como este:—

»Los cuales, no teniendo virtud ni sabiduria,

y entregados de continuo á los festines y otras cosas semejantes, se inclinan hácia abajo como es natural, y así andan errantes en el curso de la vida, y nunca han levantado sus ojos hácia la verdad, ni se han elevado á ella, ni han probado jamas gozo alguno puro y estable, sinó que á semejanza de los brutos, mirando siempre abajo, é inclinados á la tierra y al alimento, se hartan de manjares y de lujuria; y por la ansiedad de lograr tales cosas, parecen animales que mutuamente se embisten á coces y á cornadas, y se persiguen de muerte por satisfacer su insaciable apetito.»

Y este escritor, si no lo desatendemos, nos muestra que hay aún otra vía mas, que conduce á lo sublime, fuera de las que ya hemos visto; y consiste en hacernos los émulos é imitadores de los grandes prosistas y poetas que nos han precedido; y á este fin, querido amigo, esforcemos todo nuestro empeño; pues muchos hay que se elevan por la inspiracion agena, casi del mismo modo que se refiere de la Pitonisa, cuando se

sienta en la tripode, (donde, según dicen, la tierra se entreabre exhalando un vapor divino), y de allí sale al instante llena de una virtud profética que le hace pronunciar los oráculos.

Del mismo modo, de aquella grandeza de ánimo de los antiguos, como si se digera de unos Santos sagrados, manan en los ánimos de sus imitadores ciertos efluvios, que animan y excitan aún á los que, por naturaleza, no tienen mucha inspiración. ¿Acaso el solo Herodoto ha sido un grande imitador de Homero? También lo fueron antes de él Estesícoro y Arquíloco; pero Platon es quien más que todos ellos ha derivado en sí tantos arroyuelos de aquel manantial de Homero.

Y respecto de eso quizá precisaríamos de ejemplos, si no fuera el cuidado que ha tenido también la escuela de Ammónio de elegirlos y presentarlos detalladamente en sus escritos.

Ni se diga que esto es plágio, no; porque al contrario no es sino el destello y la viva reproducción de esas bellas creaciones. Y yo soy de opinión que Platon no habría hecho revivir ciertas

bellezas de este género en sus dogmas de filosofía, ni hubiera entrado en asuntos tan poéticos por el estilo y la materia, si no hubiese tenido tan grande empeño en rivalizar con Homero en rasgos sublimes, á la manera de un atleta joven con uno que ya es admirado de todos, aunque quizá se arrojó con demasiado ardor, y como atacando lanza en ristre, y no del todo inútilmente; pues, como dice Hesiodo, tal emulacion es útil á los mortales. Y de veras que esta lucha por la gloria, y este premio es hermoso y digno, en cuya contienda hasta el ser vencido por los mas fuertes no deja de ser glorioso.

14.

QUE DEBEMOS TENER ANTE LOS OJOS Á LOS ESCRITORES
DE PRIMER ORDEN.

Por consiguiente, conviene tambien que nosotros, cuando meditamos alguna obra que requiera sublimidad y elevacion, nos preguntemos á nosotros mismos de qué modo quizá Homero ha-

bria dicho eso; de qué modo Platon, ó Demóstenes ó Tucídides en la Historia lo habrían hecho sublime. Estos grandes hombres, presentándose á nuestra imaginacion, y sirviéndonos así como de antorchas, elevarán nuestros brios á ese tipo de sublimidad á que aspiramos; y mucho mas, si nos representamos en la mente de qué modo recibirían lo que decimos, y qué pensarían acerca de ello Homero ó Demóstenes, si estuvieran presentes. Gran prueba sin duda es el constituir tal teatro y tal tribunal para nuestros escritos, ejercitándonos en dar cuenta de ellos ante tan grandes génius, nuestros jueces y testigos á un tiempo. Y aún mayor incitamento será si alguno se preguntare á si mismo: ¿qué juicio hará de mi que tal escribo toda la posteridad venidera?

Pero si alguno, al tiempo mismo de escribir, entra en recelos de que, en todo cuanto hace no hay algo que deba sobrevivir á su vida y á su época, es señal de que todo eso que tan confusamente concibe es imperfecto y parecido á un

fruto abortivo y sin vigor para vivir en la posteridad.

15.

DE LAS VISIONES.

Ademas de todo eso, ó jóven, existe otro recurso de un efecto sorprendente para dar majestad, fuerza y grandeza al lenguaje, y es lo que llaman visiones ó imaginaciones, pues algunos llaman asi al empleo mismo de ellas. En general se entiende por vision cualquiera cosa que, concebida en la mente, se reproduce luego en accion; pero la de que aqui tratamos tiene lugar cuando aquello que se dice parece que se está viendo, en fuerza de la contemplacion, ó por la vehemencia del afecto; y se reproduce tan vivamente que el lector padece ilusion.

Entre tanto, no se te puede ocultar que las visiones en los Poetas, y las que emplean los Oradores son cosas muy distintas, y que el fin de la vision poética es el terror, y el de la oratoria la evidencia, pero las dos tratan de conmovier el ánimo:—

O madre, te suplico, no despiertes
En contra mía las crueles Eumenidas,
Esas sierpes, esos ojos sangrientos.
Ellas son, ellas; delante de mi lecho
Se han parado!
Ah! donde huiré ahora que no muera.

Aqui el poeta, el poeta mismo vé las Furias, y casi obliga á los oyentes á verlas como él. Y bien cierto es que Eurípides tuvo particular don para espresar trágicamente estos dos afectos, á saber, los furores y el amor; y que en ello ha sido muy feliz, bien que no deja de acometer el empleo de otras visiones; porque en efecto no siendo él muy sublime por naturaleza, con todo, en muchos trozos forzó su propio génio á encumbrarse, y, como dice un Poeta, acerca del toro,

Con la cola sus flancos azotando
A pelear él mismo se incitaba

Asi, habiendo el sol entregado las riendas á Faetonte, habla de este modo en una de sus tragedias.

Mira que no entres por el aire Líbico
Pues no es denso, y hará bajar tu carro.
El mejor rumbo es hacia las Pleyadas.
Todo es oyo, y tomando las riendas,
Y azotando los alados corceles
Soltólas con el carro; ellos volaban
Del Eter hacia las cumbres, y el padre
Siguiéndole no lejos cabalgaba,
Y amonestaba á el hijo: “De este lado!
Nó, por acá dá vuelta,” le decia.

Pues ¿no podría creerse que el ánimo del escritor sube al carro junto con Faetonte, y que corre el mismo peligro, y vuela á la par de los caballos? Porque en efecto, si él no se remontara con una celeridad igual á esos movimientos celestes, jamas habría podido imaginar tales cosas. Tambien es análogo á esto lo que dice sobre Casandra: « y vosotros, los Troyanos, que os gozais de pelear á caballo »

Por otra parte, Esquilo es atrevido para concebir las visiones mas heróicas, como se lee en la tragedia de Los Siete Gefes delante de Tebas:

Los siete Gefes al toro ya inmolaron
Cuya cerviz cubria el negro escudo:
Y en la sangre sus manos empaparon
Tomando à Marte y al Miedo por testigos
Y à Belona furiosa. Asi juraron.!

Conjuracion mútua para su propia ruina sin la menor compasion por si mismos; y aparte de eso, tiene á veces conceptos duros, intrincados, y poco limados, y sin embargo, eso no impide que Eurípides por la emulacion que le tiene, se esfuerza para ver aún de mas cerca esos mismos peligros. En Esquilo el palacio de Licurgo se conmueve de un modo extraño, llenándolo Baco de un furor divino:

“Ya la casa siente el aura del númen,
Muévase el techo!”

Lo que Eurípides trató de espresar con mas suavidad

“A ese tiempo se turbó todo el monte.”

A lo sublime se eleva tambien la imaginacion de Sófoeles, cuando narra la muerte de Edipo sepultándose á sí propio, no sin señales de su propia divinidad, y cuando en el regreso

de los Griegos vé á la sombra de Aquiles, apareciéndose sobre el túmulo interpellando á esos navegantes. Cuya vision no sé que nadie la haya reproducido mas á lo vivo que Simónides; pero es imposible traer todos los ejemplos.

Sin embargo en los poetas las visiones, como ya lo dije, tienen un desenlace mas fabuloso y siempre dejan muy atras la verosimilitud.

En cuanto á la vision oratoria, ninguna es mas hermosa que la que surge de la realidad misma de las cosas; porque en los oradores las transiciones dramáticas son inoportunas, cuando poetizan el estilo, introduciendo fábulas y hechos imposibles, como ¡por Júpiter! lo hacen tambien nuestros oradores sublimes que ven las Furias, ni mas ni menos que los trágicos; y en su afan entusiástico no pueden comprender que cuando Orestes dice á su hermana: —

“Suéltame, tú eres una de mis Furias,
Y me abrazas para echarme en el Tártaro,”

Imagina esto por que desvaria. ¿Y entónces cual es el uso de la vision oratoria? Ella puede

quizá traer al discurso mucha otras ventajas que contribuyan á darle impetu y á comunicar mayor eficacia á los afectos; pero cuando viene combinada con los argumentos probatorios, entónces no solo persuade sino que domina al oyente:—

«Y porcierto, si alguno oye de repente, un gran
«vocerio ante los tribunales, dice Demóstenes; y
«alguno en seguida anuncia que han abierto la
«càrcel y se escapan los presos, no hay nadie, ni
«jóven ni anciano, tan apático que no acuda en
«auxilio en cuanto le es posible. Y si sobrevi-
«niendo otro dijera: *Aquí está el que los soltó,*
«al instante pereceria si no consiguiese poder ha-
«blar en su defensa.»

Como tambien á fé mia Hiperides, el cual sien-
do acusado de haber hecho adoptar, despues de
una derrota, un decreto otorgando la libertad á
los esclavos.

«Aquella resolucion, dice, no la hizo adoptar
«un orador sinó el desastre de Queronea»

Como se vé, el orador juntamente con la prue-

ba, presentó una imagen, y así ultrapasó el término de la persuacion; porque en asuntos de esta clase naturalmente atendemos siempre á lo que brilla mas, á lo que impresiona mas, y resulta que pasamos de lo demostrativo á lo que domina la fantasia, quedando lo primero algun tanto oscurecido por el gran resplandor de tal escena; y no deja de ser natural lo que nos pasa; porque de dos cosas que están juntas siempre la mejor se lleva la atencion de preferencia à la otra.

Pero ya hemos dicho lo bastante acerca de los géneros de lo sublime que se originan del pensamiento, ó de la grandeza de ánimo, ó de la eleccion de circunstancias, ó por último de la imitacion y de las visiones.

16.

DE LAS FIGURAS.

Ahora bien, digamos algo sobre las Figuras; pues este es el lugar conveniente.

He dicho ya que ellas pueden constituir un medio de no pequeña importancia para lograr

sublimidad, sobre todo si se emplean oportunamente. Sin embargo, como el tratar de todas ellas demandaria un trabajo ímprobo, me limitaré á recorrer algunas que mas contribuyen á ese objeto, y solo en comprobacion de lo que avauzo.

Demóstenes presentaba la defensa de un acto de su administracion política. ¿Y cual era el modo natural de presentar esta defensa? Poco mas ó menos así:—Ciertamente no habeis hecho mal vosotros arrostrando esa lucha por la libertad de la Grecia; y os ha quedado este ejemplo en vuestra patria. Pues ni tampoco hicieron mal los que pelearon en Maraton, ni los que combatieron en Salamina y en Platea.»

Pero cuando apareciendo repentinamente como inspirado de algun númen, ò herido de Febo, produjo aquel juramento por los defensores de los Griegos:—

«No habeis hecho mal, no, yo lo juro, por aquellos que antes peligraron en Maraton!»

Parece en esta figura (que aquí llamo após-

trofe) parece, digo, haber deificado á los mayores, enseñando que se ha de jurar por ellos como por los Dioses, puesto que dieron su vida por la patria, insinuando al mismo tiempo á los Jucees la magnanimidad de los que allí habian arrostrado el peligro, y convirtiendo el carácter de la defensa en una espléndida sublimidad, llena de afecto, y de aquella fé que justamente se merecia esta nueva y excelente especie de juramento, é infundiendo al mismo tiempo en los oyentes cierta opinion consoladora y capaz de reanimarlos, de manera que, confortados con tales alabanzas, aprendiesen á no tener menores bríos para esa lucha con Filipo que para las victorias de Maraton y Salamina. Así fué como llevó en pos de sí á todo el auditorio por la vehemencia de esta figura.

Dicen á la verdad que la invencion de este juramento se halla en Eupolis:—

«No, lo juro por mi pelca en Maraton; ninguno de ellos me ultrajará impunemente.»

El jurar de cualquier modo no es una cosa

grande; se ha de ver donde, y como, y en que tiempo, y por que motivo se jura. Aquello nada otra cosa es sino un simple juramento, hecho en presencia de los Atenienses, que aún seguian en prosperidad y no precisaban de consuelo, jurando ademas el poeta sin inmortalizar á los hombres, y sin presentar argumento alguno digno de la virtud de aquellos héroes, descendiendo por el contrario de esta imágen noble para fijarse en una cosa inanimada como es la lucha. En Demóstenes el juramento se dirigia á los vencidos, y de manera que los Atenienses no viesen ya una derrota en esa batalla de Queronea; y en él, como ya lo he dicho, se vé la prueba de que no han hecho mal; y, todo al mismo tiempo, se vé el ejemplo, la fé del juramento, la alabanza, y la exhortacion; y como se le ocurría á Demóstenes esta dificultad: «Tú, que has administrado la «República, hablas de la derrota, y á renglon seguido, juras por las victorias,» se ciñe á la exactitud en lo que sigue, y procede con tiento, enseñándonos que aún en el entusiasmo, conviene contenerse:—

«Por aquellos de nuestros mayores, dice, que
«antes peligraron en Maraton, y por aquellos
«que pelearon en combate naval frente á Salami-
«na y Artemisio, y por los que estuvieron en las
«filas cuando la batalla de Platea.»

En ninguna parte dice: «por aquellos que ven-
cieron», y casi, como quien disimula, calló en-
teramente el evento que habia sido afortunado,
y contrario de consiguiente á lo sucedido en
Queronea. Y por la misma razon es que inme-
diatamente se anticipa al auditorio:—

«Todos los cuales, dice, la República los ha se-
pultado á expensas del Erario, O Esquines, y no
tan solo á los que habian salido con felicidad.»

17.

QUE LA SUBLIMIDAD Y LAS FIGURAS SE SOSTIENEN MÚTUAMENTE.

Y en este lugar, querido Terenciano, conyiene
no pasar por alto una circunstancia que apunté ya,
y sobre la que seré muy breve; y es que las figu-
ras, por su naturaleza, vienen, si así decirse

puede, en auxilio á la sublimidad, y á su vez, son admirablemente realizadas por ella. Expondré cuando y de que modo sucede esto.

Desde luego, el tratar todos los asuntos por medio de las figuras es cosa sospechosa, y que induce la idea de estratagemas, dolos y fraudes; y esto, cuando se habla delante del juez, de cuyo arbitrio depende una causa, y muy particularmente si es algun dictador, rey ó general, investido del mando supremo; pues se indigna muy pronto, si un artificioso hablador trata de ofuscarle con figuras de oratoria; y, viendo en esos oropelos un desprecio personal, entra en ira, á tal punto que, aún cuando aparente serenidad, es imposible persuadirlo; por lo cual, aún entónces, la figura parece excelente cuando no tenga visos de tal.

Por consiguiente la sublimidad y el afecto son un remedio y un recurso admirable contra ese recelo á que da origen el uso de las figuras; y ese artificio de presentar las cosas como uno quiere, asociándose á los rasgos efectivamente hermosos

y sublimes, queda oculto, y evade la ojeriza.

Idónea prueba de eso mismo tenemos en lo que se ha citado: . «Lo juro, por aquellos que en Maraton,» ecétera. Pues, ¿cómo hizo aquí el orador para disimular esta figura? Con el mucho brillo sin duda. Porque, del mismo modo que las luces débiles no aparecea casi al dar el sol en ellas, así la belleza de los pensamientos, y todo lo sublime distraen la vista de los artificios de Retórica. Y no es quizá muy diferente lo que sucede en la pintura; pues aún cuando la sombra y la luz pintadas con colores existen paralelas sobre la misma superficie del cuadro, sin embargo la luz hiere primero la vista, y no solo parece sobresalir sinó estar mucho mas cerca. Tambien los afectos y rasgos sublimes de los escritos, impresionando mas de cerca nuestra imaginacion, ya sea en virtud de afinidad natural, ó sea por el brillo, siempre se ven ellos antes que las figuras, cuyo artificio oscurecen y casi ocultan como en una sombra.

DE LA INTERROGACION É INTERPELACION.

¿Y qué diré de las preguntas é interpelaciones? ¿No es cierto que el mismo Demóstenes se esfuerza por tal medio á dar mucho mas empuje y magnificencia á sus palabras?

«¿Acaso (que me conteste cualquiera) dice, «acaso quereis andar de acá para allá preguntandoos unos á otros: ¿qué se dice de nuevo? ¿Y qué puede haber de mas nuevo que un hombre de Macedonia atacando á la Grecia? ¿No murió Filipo? No, por Júpiter, sinó que está enfermo. Pero ¿qué os importa eso? pues si este muere, bien pronto os buscareis otro Filipo.»

Y mas adelante dice:—

«Naveguemos hácia la Macedonia; pero ¿en qué punto desembarcaremos? dirá algúno. La guerra misma descubrirá cuales son los flancos débiles de Filipo.»

Ahora bien, siesto se dijere simplemente, no

cuadraría con la gravedad del asunto; pero este impetu, esta velocidad de la pregunta y respuesta, este arbitrio mismo de contestarse á sí propio, no solamente ha dado mas realce á lo que dijo, sinó que tambien lo ha hecho mas creible. Los movimientos patéticos conmueven mas cuando no parece que es el orador quien los produce, sinó la ocasion misma; y cabalmente esta pregunta y contestacion dirigida á sí propio, imita lo que pasa en la naturaleza; pues por lo general, asi como los que son repentinamente interrogados sobre un hecho contestan pronto y sin premeditacion la verdad de lo que saben, así la figura de la pregunta y respuesta, abstrayendo al oyente, le produce la ilusion de que todo aquello, que en realidad es meditado, le parezca concebirse y decirse de improviso. Herodoto es tambien eminente en esta calidad. * * * *

19.

DE LA ACELERACION DE LA FRASE.

Otro arbitrio para dar fuerza al pensamiento

es la supresion de conjunciones, cuando las ideas se suceden unas á otras sin trabazon, como si se virtieran y anticiparan al mismo que las produce:

«Y los escudos, chocados unos con otros, eran impelidos; peleaban, herian, morian.»

Y las espresiones de Euriloco en Homero:

«Fuimos, como mandaste, noble Ulises; vimos lindas casas edificadas en los valles,»

Porque las cosas, asi cortadas unas de otras, y sin embargo aceleradas, exhiben una idea de la eficacia de algo que, al paso que ofusca, hace caminar, y dirige al espiritu, y tal es lo que el Poeta nos presenta aqui por medio de la disyuncion.

20.

DE LA ACUMULACION DE FIGURAS.

La aglomeracion y combinacion de figuras suele ser tambien muy poderosa para conmovér; y cuando se prestan mútuo apoyo hermocean el discurso y le hacen mas persuasivo. Tales son aquellas espresiones de Demóstenes contra Mi-

dias en que se notan las disyunciones combinadas con la repeticion y la subyeccion:

«Pues muchas cosas puede hacer el que azota (y muchas de ellas el azotado ni siquiera puede referirselas á otro) con el gesto, el rostro, la voz.»

Y luego, para que el discurso no siga en un rumbo, lo que implica sosiego, y para que haya cierto defecto de orden, lo que indica pasion y conmocion de ánimo, procede al instante á otras disyunciones y repeticiones:

«Con el gesto, el rostro, la voz; ya como quien insulta, ya como enemigo, ahora con el puño, ahora en las mejillas.»

El orador aquí no hace otra cosa que el que azota, y parece repercutir los golpes en el ánimo de los jueces, y en seguida, cual si fuera una tormenta, arremete de nuevo:

«Estas cosas perturban, dice; estas cosas ponen fuera de sí á los hombres no habituados á tolerar ultrajes. Nadie hay que sea capaz de ponerlos ante los ojos lo acerbo de estos sufrimientos.»

Así es, como en todo este trozo, conserva con perpétua variación el carácter de las repeticiones y disyunciones, advirtiéndose cierta disposición que no deja de ser confusa, y cierta confusión que tampoco no excluye el orden:

21.

QUE LAS CÓPULAS ENERVAN EL ESTILO.

Pero bien, agrégale, si te parece, las conjunciones y partículas á estilo de los imitadores de Isócrates:—«Y esto tampoco no debe omitirse «que muchas cosas puede hacer el que azota, primero por cierto con el gesto, y además con el «rostro, y en fin con la voz misma»; y sigue rellenando así todo el trozo, y verás que el afecto tenía algo de acelerado y escabroso que, alisado y aplanado por estas conjunciones, se afloja y desvanece de repente. Y así como el atarle los brazos á un hombre que corre, le haría perder toda su fuerza, así el afecto, impedido por las conjunciones y otros aditamentos inútiles, se halla trabado por estos estorbos y parece indignarse de

no poder salir con impetu y libertad, como el dardo lanzado de una máquina.

22.

DE LAS INVERSIONES Ó HIPÉRBATON.

A la misma clase sin duda pertenecen las trasposiciones ó inversiones ó hipérbaton, el cual consiste en no guardar el orden que en sí mismas tienen las cosas ó ideas, siendo este un carácter ciertísimo de un afecto vehemente. Pues así como los que en realidad se encolerizan, ó temen, ó se indignan, ó los que á impulsos de la envidia ú otro afecto (pues son muchos y variados y ni hay quien los enumere) se dirigen á todos lados, y proponiendo unas cosas pasan luego á otras, interrumpiéndose inesperadamente, y luego de nuevo viniendo por rodeos á lo primero, y trayendo á la manera de un viento caprichoso las ideas y palabras de acá para allá con súbita variación, mudan de mil maneras la serie natural de las expresiones; así el arte, por medio de las trasposiciones, conduce á imitar las

obras de la naturaleza en aquellos escritores tan perfectos. El colmo de la perfeccion en el arte es que parezca ser la misma naturaleza, y vice versa la naturaleza ostenta todo su poder cuando en si envuelve el arte mismo.

Por ejemplo en Herodoto dice Dionisio de Focea:

«Pues en un filo de navaja está nuestra suerte
«O Jónios, si seremos libres, ó si seremos sier-
«vos, y siervos como los fugitivos. Por consi-
«guiente ahora, si os decidis á sufrir algunos tra-
«bajos, os ha de costar algo en lo presente, pero
«podreis superar á vuestros enemigos.»

El orden natural era:—«O Jónios, ahora es
«tiempo de emprender algunos trabajos, pues
«nuestra suerte está en un filo » etc. Pero él
traspuso la interpelacion «O Jónios», principian-
do con impresionarlos por el miedo, como si no
hubiese sido la primera vez que hubiese tenido
que interpelarlos á causa de un temor inminen-
te: y tambien invirtió el orden de los pensa-
mientos, pues antes de decirles que deben em-

prender trabajos, que es el objeto de su exhortacion, les dá la razon porque precisan emprenderlos, diciendo: «en un filo de navaja se halla nuestra suerte,» de manera que parece no decir cosas meditadas, sinó lo sugerido por la misma necesidad.

Tucidides tambien es habilísimo para desunir con el arrojode sus inversiones lo que enteramente parece unido é indivisible por naturaleza. Demóstenes no es tan acelerado, pero abunda hasta la saciedad en todas las figuras de este género; y en el tino con que disloca las espresiones de su propio, lugar manifiesta una gran vehemencia y aparenta suma facilidad de improvisar; y á mas de eso, retiene á sus oyentes en esa suspension que nace de las inversiones algo prolongadas. Muchas veces, suspendiendo el pensamiento que empezaba á esponer, y entrando entre tanto en otro orden de cosas muy distinto, trayendo unas sobre otras consideraciones de otro género, hasta insinuar en el oyente cierta inquietud, como si hubiese perdido el hilo de su

•

discurso, obligándole á entrar en cuidado por él, en seguida inesperadamente, despues de largo tiempo, conduce felizmente á su término lo que ya tanto se deseaba, y sorprende mucho mas con ese atrevido y peligroso empleo de las inversiones. Pero omitiremos los ejemplos por ser innumerables.

23.

DE LA MUDANZA DE NÚMEROS.

Y las varias desinencias, las aglomeraciones, conmutaciones y gradaciones, como sabes muy bien, son medios eficaces de dar ímpetu al discurso, adornando sobre manera la dición, y realizando los afectos; y no menos logran ese intento las mutaciones de casos, tiempos, personas, números y géneros.

Digo por cierto que entre las figuras relativas al número, adornan la elocucion las que, atendiendo á la forma, presentan el número singular, y bien examinadas, tienen fuerza de plural, por ejemplo:

«Al instante hubo un pueblo infinito que acudían, y de pié en la ribera, exclamaban.»

Y las que son al revez merecen mayor atención, porque á vèces los plurales caen con mas magnificencia, y ostentan cierta esplendidez en virtud misma del número. Tales son en Sófocles estas espresiones de Edipo.

“O nupcias, nupcias!

“El ser vosotras nos disteis, y luego

“Cuando crecimos, esa misma sangre

“En nuestras propias venas derramasteis,

“Haciéndonos padres, hermanos, hijos,

“Esposas, madres, cual horrible mezcla.

“Jamàs vieran los miseros mortales!”

Todas estas cosas no se refieren mas que á un nombre, Edipo por un lado, y Jocasta por otro; pero el número difundido en los plurales ha multiplicado al parecer los infortunios. Como igualmente aquella espresion.

«Salen los Héctores y Sarpedones.»

Y aquello de Platon, que apuntamos ya en otra parte, hablando de los Atenenses:

«Porque no son los Pélopes ni los Cadmos, ni los Egiptos y Dánaos, ni tantos otros de raza estrangera, los que habitan con nosotros. Nosotros puros Helenos vivimos aqui sin mezcla de estrangeros.»

Pues por una ilusion natural, las cosas les parecen mas sublimes á los oyentes, cuando las ven asi acumuladas y abultadas; pero se requiere no emplear tales figuras sinó cuando el asunto mismo admite el incremento, ó el número, ó la hipérbole, ó la ponderacion, ó siquiera algunos de estos adornos ó varios, porque el andar á cada paso sonando los cascabeles mucho huele á sofista.

24.

QUE LOS SINGULARES SURTEN Á VECES MUCHO EFECTO.

Tambien las espresiones que condensan los plurales en singular suelen aparecer con gran belleza:

«Y muy luego todo el Peloponeso se dividió en partidos» dice Herodoto; y el mismo autor en otra parte:

« Cuando Frinico dió su tragedia intitulada *La Toma de Mileto* se deshizo en lágrimas el teatro. »

Pues la conversion de número de las cosas por naturaleza divididas á las que gozan de unidad, les comunica el movimiento de un cuerpo que obra por su mole. Y en unas y otras pienso yo ser una misma la razon de la elegancia, porque el expresar en plurales lo que es uno es propio de quien se halla afectado de improviso, y cuando los nombres son en si plurales, el expresar su reunion con algun vocablo bien sonante sorprende agradablemente por lo inesperado de la mudanza.

25.

DE LA MUDANZA DE TIEMPOS.

Y cuando las cosas en realidad pasadas se presentan como actualmente sucediendo, el discurso no es ya una simple narracion sinó mas bien una escena que pinta la verdad misma ante los ojos:

« Habiendo caído un soldado, dice Jenofonte,
« debajo del caballo de Ciro, y siendo pisoteado,
« hiere con su espada el vientre del caballo. Es-
« te, como es natural, empieza á dar coces, y Ci-
« ro viene al suelo.»

Lo mismo hace Tucicides en muchos lugares.

26.

DE LA MUDANZA DE PERSONAS.

Tambien pone las cosas en evidencia la mudanza de personas, y muchas veces le causa al oyente la ilusion de que él mismo presencie los peligros:

“En este afan, volviendo á la pelea,
“Dirias que porfiaban mutuamente
“Sin poder ni cansarse ni vencerse.
“¡Con tal furor los dos arremetian!

Y el poeta Arato:

“En aquel mes no sueltes tu barquilla.

Asi tambien Herodoto:

“ Y de la ciudad de Elefantina navegarás aguas

« arriba, y en seguida vendrás á un campo llano,
« atravesado el cual, tomarás otro buque, y se-
« guirás navegando dos dias, hasta llegar á una
« gran ciudad que se llama Meroé. »

¿ Ves amigo, como tomándote, digámoslo asi, de la mano, te conduce por los lugares haciéndote ver lo que lees? Y todos los trozos análogos en que se interpelan las personas, hacen que el oyente asista á lo que se le dice; y si se habla à una persona determinada, como en este ejemplo:

“Y de qué lado el valiente Tídfes
Estaba, no podrías conocerlo.“

Se consigue conmoverle y llamarle mucho mas la atencion á lo que pasa pronto, como que se encuentra excitada por una interpelacion dirigida á ella misma.

27.

DE LA TRANSICION SÚBITA Á OTRAS PERSONAS.

Sucede asimismo que el escritor, refiriéndose algo de cierta persona, hace de repente hablar

la misma persona. Es una figura enérgica que denota bien el ímpetu de la pasión:

“Hector estaba gritando à los Troyanos

“A voz en cuello: que acudiesen presto

“A las naves, dejando los despojos.

“—que si alguno quedase atras reparo,

“Ahi no mas yo doy fin à su destino,

“Ahi no mas èl verá la negra muerte.”

Aquí el poeta toma á su cargo la narracion, como que á él le toca hacerla; pero la repentina amenaza, sin antecedente ni aviso, la atribuye al ardor de aquel gefe; pues hubiera sido fria tal amenaza, poniendo, por ejemplo, la prevencion de que: Hector entonces dijo esto ó estotro; pero aqui la transicion del discurso se anticipa al mismo héroe, que tan apresurado discurría entre las filas de sus guerreros. Por lo cual es oportuno usar de esta figura cuando la rapidez de la accion no le permita al escritor detenerse, invitándole has'a cierto punto á este tránsito de unas personas á otras. Asi sucede en Hecateo: (a)

(a) Hecateo de Mileto es el primero que escribió la Historia en prosa, segun Suidas.—Nota de Langbenio.

«Y Ceix, no pudiendo sufrir esto, mandó al
«instante que los Heráclidas emigrasen; pues ni
«yo mismo os puedo socorrer; por consiguiente,
«para que no perezcais vosotros, causándome
«perjuicio al mismo tiempo, buscad algun otro
«pueblo para vivir en él.»

Demóstenes tambien, aunque tomando un giro muy distinto, en su discurso sobre Aristógiton, se ha mostrado apasionado, empleando varias y prontas mutaciones de personas:

«¿Y nadie de vosotros, dice, se hallará indignado, ni entrará en ira por los desafueros de este sin verguenza? Tú á quien ¡O el mas descarado de los mortales! quitándosete esta licencia, no con prisiones, ni con cerrojos, que quizá no faltaria quien pudiese abrirlos,» etc.

Cambiando la frase aún imperfecta, y pareciendo que con el ímpetu de la ira quisiera designar á varias personas en una sola espresion: Tú á quien, O el mas descarado; y luego, despues que, desviando el discurso, parecia ya haber abandonado á Aristógiton á quien habia inter-

pelado, se convierte sin embargo de nuevo al mismo en fuerza de la pasión, no de otra manera que Penélope en la Odisea dirigiéndose al pregonero:—

“No me dirás à que fin los galanes
“Te envían en casa del afamado Ulises?
“¿No es à decir à sus fieles esclavas
“Que sin demora preparen el convite?
“Para ellos que, ojala! sin pretenderme,
“Y sin nunca venir en casa ajena,
“Fuera la última cena que tuvieseis
“Los que consnmen los bienes de mi hijo
“Telémaco prudente, y cuando mozos
“Jamás oísteis decir à vuestros padres
“Quien fuera Ulises!

28.

DE LA PERIFRASIS Ó CIRCUNLOCUCION.

Con respecto á la perífrasis nadie habrá, según creo, que pueda dudar de su eficacia en el estilo sublime. Así como en la Música los tonos intermedios suavizan el tono principal, así la perífrasis muchas veces tiene una grata armo-

nia con la propiedad de las voces, y conspira con ella grandemente al adorno de la dición, sobre todo si tiene algo de sencillo y agraciado.

Y, para confirmarlo, sirvanos Platon en el principio de su oracion fúnebre:

«Ellos en realidad han sido atendidos por nosotros con los honores que les eran debidos, obtenidos los cuales, emprenden el camino deparado por la suerte fatal, siendo llevados al sepulcro á espensas de la República, y privadamente cada uno de ellos por sus deudos.»

Así pues, llama á la muerte «el camino deparado por la suerte,» y el obtener los honores acostumbrados es para él «un acompañamiento público á nombre de la patria.» ¿Es poca la elevacion que ha dado á estas ideas? ¿Es poca la modulacion, la suavidad, la delicadeza que las perífrasis han derramado, como si fueran unos perfumes, en torno de esta elocucion tan simple?

Y Jenofonte:

«Vosotros considerais los trabajos como vuestros guias para vivir alegres; y habeis dotado á

«vuestros ánimos de la mas bella posesion, y la
«que mejor les sienta á unos guerreros, puesto
«que os gozais mas en el honor que en cualquiera
«otra cosa.»

En vez de decir: «los trabajos no os arre-
dran,» dijo: «Vuestros guias para vivir alegres
son los trabajos mismos;» y amplificando del
mismo modo otras ideas, ha dado á sus elogios
esplendor y delicadeza.

Y es inimitable aquello de Herodoto:

«Y á esos Escitas que despojaron el templo, la
Diosa los castigó con esa dolencia (de poquedad
de ánimo) que es propia de las mugeres.»

29.

VICIOS DE LA 'PERIFRASIS.

Pero la perifrasis es una de las figuras que
traen mayor peligro sinó se usa con moderacion;
porque al instante languidece, y tiene algo de va-
cio é hinchado. Algunos critican á Platon en
quien abunda esta figura, y á veces fuera del ca-

só. Por ejemplo en el libro de las Leyes, dice:

«Es menester no permitir que ni la riqueza de oro ni la de plata habiten en la ciudad con asiento permanente.»

«De modo que, dice alguno, si hubiese prohibido poseer ovejas y bueyes, habria dicho «riqueza lanar y riqueza vacuna.»

Pero ya es tiempo, querido Terenciano, que cerremos esta digresion sobre el uso de las figuras en lo sublime. Ciertamente que todos estos modos contribuyen á que el discurso tenga mas viveza y pasion, y que la pasion tiene tanta parte en lo sublime como la elocucion templada la tiene para el recreo y placer de los oyentes.

30.

DE LA ELECCION DE VOCABLOS.

Puesto que el pensamiento y la diction se esplican las mas veces una por otra, veámos si nos quedan algunos puntos que tratar respecto de la elocucion. Temo ser redundante si digo que la

eleccion de palabras propias y elegantes concilia admirablemente la atencion, y halaga á los lectores, y que tal eleccion es el sumo afan de todos los oradores y prosistas, como que con él se hacen brotar en los escritos, como de otras tantas imágenes bellisimas, la elevacion, el adorno, el perfume de la antigüedad, la animacion, la gravedad, la fuerza, y todas las demas calidades; y se esparce en todas las espresiones un aliento de vida que las hermosea y vigoriza; recelo, digo, que parezca supérfluo decir esto, por ser cosa sabida de todos, pues de veras las espresiones espléndidas son la verdadera luz del estilo.

Y sin embargo, la pompa de palabras no es útil en todas partes, y el revestir cosas pequeñas con palabras grandiosas y sonoras seria como si á un niño pequeñuelo se le acomodase la máscara trágica de algun héroe. Y por cierto****

31.

DE LAS ESPRESIONES TRIVIALES..

****, nada es mas vulgar que aquella espresion

de Anacreonte. «Ya no me vuelvo á la Trácia» y sin embargo es natural. Y me parece tambien que Teopompo se espresó de un modo muy significativo á causa de la propiedad de un vocablo que desagrada á Cecilio: «Siendo Filipo capaz de *devorar* los ultrages, obligándole la necesidad» Muchas veces el vocablo familiar es mas espresivo que otro selecto; puesto que se comprende inmediatamente por la comun esperiencia, y por lo mismo que es familiar logra mas pronta creencia. Por eso la espresion de «devorar los ultrages cuando obliga la necesidad» se dice muy espresivamente de aquel que, por ambicion, sufre con paciencia y alegria todas las miserias y humillaciones.

Lo mismo es aquello de Herodoto:

«Cleomenes, dice, habiendo caido en demencia, se retaceó las carnes con su propia espada hasta que haciéndose tiras todo el cuerpo, pereció.»

Y esto otro:

«Pithes no cesó de pelear en su nave hasta que todo él quedó hecho pedazos.»

Tales espresiones se allegan algo al estilo ordinario de la conversacion, pero su sentido dista mucho de ser vulgar.

32.

DE LA ACUMULACION DE METÁFORAS.

Por lo que hace al número de las metáforas, Cecilio parece seguir la opinion de los que enseñan que no deben ponerse á un tiempo mas que dos ó tres á lo sumo. Sin embargo, Demóstenes sirve de modelo tambien en este punto, y la oportunidad de aglomerarlas viene cuando los afectos, á la manera de un torrente, se precipitan, y traen en pos de sí una multitud de ellas como necesarias en tal ocasion.

«Hombres impuros y pestíferos, dice, y adula-
«dores, que lastimosamente dilaceran cada cual
«su patria, la que brindaron, con su libertad,
«primero á Filipo, y luego á Alejandro; que mi-
«den la felicidad por el vientre, y por lo que hay

« de mas grosero; que han dado al traste con la
« libertad, y con la condicion de no tener amo
« ninguno, lo que fué para los antiguos Griegos la
« norma y últimõ fin á que aspiraron.»

Aquí la indignacion del orador cae sobre los traidores con esa lluvia de metáforas. Y por esto es que Aristóteles y Teofrasto dicen que hay ciertos lenitivos para las metáforas de gran vuelo, como por ejemplo: «digámoslo así,» «séame permitido decirlo,» «si he de hablar con osadía,» ecétera. Tales correcciones, dicen ellos, mitigan lo que hay de atrevido en ellas.

Por mi parte yo apruebo todo eso; y sin embargo, como lo dije tambien acerca de las figuras, sostengo que los afectos vehementes, traídos con oportunidad y con un language magnífico y elevado, son los verdaderos lenitivos de la multitud y audacia de las metáforas, porque en ellos es natural eso de llevarse todo por delante con la vehemencia de su ímpetu, y el arrebatár todas las cosas con una osadía en tal caso necesaria, no permitiendo al oyente hallarse en situacion ni

de atender siquiera á las metáforas para examinarlas, estando poseido del mismo enagenamiento que domina al orador.

Y aún en las simples amplificaciones y descripciones nada hay tan significativo como los tropos numerosos y bien combinados, por medio de los cuales Jenofonte, por ejemplo, bosqueja en estilo magnífico la estructura del cuerpo humano, y Platon de un modo aún mas divino.

Para este último, la cabeza es «como una ciudadela, con el cuello edificado entre ella y el pecho, á manera de un istmo:» las vértebras están atrás «sirviendo de quicios:» el paladar es para los hombres «cebo de males,» y la lengua «índice de los sabores;» el corazón es «la madeja de las venas» y la «fuente de la sangre, que fluye en torno con ímpetu y vehemencia,» el cual se halla colocado en un «recinto bien custodiado»— Al cruzamiento de los conductos los llama «en-crucijadas,» y dice que los Dioses «proveyendo socorro para el sobresalto del corazón cuando se aguardan males y es concitado por la ira, le

han puesto, á guisa de almohada, el pulmon blando, de poca sangre y esponjoso, á fin que no se lastime chocando en él cuando hierva la ira.» El centro de los apetitos viene á ser «como el conclave de las mugeres,» y la parte irascible como «conclave de hombres;» el bazo es «esponja del vientre,» donde acudiendo los residuos, se entumece blandamente. A mas de esto, los Dioses, dice, han revestido de carnes todo el cuerpo, siendo como unas «vendas ó defensas» contra el exterior; y á la sangre llama «pábulo de las carnes;» y para alimento del cuerpo, dice, los Dioses estendieron por todo él «arroyuelos,» como canales en los huertos, para que los líquidos de las venas fluyan, como de un rio perenne, por sus conductos tenuísimos. Y cuando se acerca la muerte, dice: «no de otra suerte que los cables de una nave se sueltan los vínculos del alma, dejándola en libertad.»

Los mismos tropos, y otros parecidos, y en gran número, se hallan en todo aquel trozo; (1)

(1) La descripcion de Platon se halla en el "Timeo,"

pero basta con esto para mostrar que las metáforas son de por sí grandiosas, elevando el estilo y aviniéndose bien con los pasajes que contengan afectos ó narraciones.

El uso de los tropos, y ya se vé aunque no lo diga, como el de otros adornos de dicción, suele siempre acarrear algo de exagerado, y en eso mismo censuran á Platon, y no poco, puesto que muchas veces, derramando figuras á torrentes, se deja llevar de ciertas metáforas duras y ponderativas, y de alegorias sobrado pomposas.

«¿Acaso, dice, no se puede comprender fácilmente que una ciudad debe atemperarse como quien dijera una copa en la cual hierve aquel Dios furioso, pero que corregido por el otro Dios que es sóbrio, y haciendo con él hermosa alianza, brinda una bebida buena y templada?»

Dicen que llamar al agua «Dios sóbrio» y á la mezcla «correccion» es propio de un poeta y que no sea sóbrio tampoco.

ocupando cerca de tres páginas. Ha sido imitada por Ciceron. De Nat. Deorum l. 2. c. 54, y por Claudiano, De Cons. Hon. verso 239.

Cecilio, echando mano de esos deslices en sus Comentarios sobre Lisias, se atrevió á declarar que en un todo es este mejor escritor que Platon, dejándose llevar de dos pasiones ciegas, pues por una parte ama á Lisias mas que á si mismo, pero mas odio le tiene á Platon que amor á Lisias. Esto lo ha dicho por disputar, y ni lo que sienta está tan admitido como él se lo cree, pues prefiere Lisias á Platon como si aquel fuese escritor puro y sin defectos, y este otro cayese en error á cada paso, lo que no es asi ni de lejos.

35.

QUE LO SUBLIME CON LUNARES VALE MAS QUE LO
MEDIocre AUNQUE SEA MUY PURO.

Pero tomemos algun escritor en realidad puro y sin defectos (1) ¿No es aquí la oportunidad de

(1) Boileau dice todo al revez, él que es tan quisquilloso. Sin embargo en este lugar está el texto tan claro que no se puede mejorar: El texto griego dice muy sencillamente:—
Phére dé lábomen to ónti catharón tina syggraphéa cal
anégleton: Zacarias Pearce lo traduce fielmente:—*Age*

inquirir en general esto mismo, á saber, si es de mas mérito esa sublimidad que campea en los poemas y demas escritos entre ciertas desigualdades, ó si es preferible el estilo mediocre, enteramente puro é irreprehensible en los detalles? Si ademas son las mayores ó las mas numerosas dotes quienes merecen la palma? Estas son cuestiones por cierto que atañen al estilo sublime y requieren solucion.

Seguramente no desconozco que los génios sumamente sublimes suelen no ser muy puros, porque lo que tanto se relima converge pronto á lo ramplon, y es menester, como en la grande opulencia, que haya de un lado ó de otro algun desperdicio; pero se ha de reparar tambien que los ingenios humildes y medianos, por lo mismo que nunca enrostran el peligro ni aspiran á elevarse, es natural que con mayor frecuencia eviten los

dum nunc, sumamus aliquem scriptorem reverá purum et inculpatum. Pero Boileau se permite alterarlo de este modo. Et en effet, où tronverons-nous un écrivain qui ne péche jamais et où il n'y ait rien à reprendre?

pequeños descuidos; y que por eso los grandes talentos peligran á causa mismo de su alto vuelo.

Y sé tambien en segundo lugar que naturalmente todas las obras humanas siempre se conocen mas pronto por lo malo que haya en ellas, siendo tan tenaz el recuerdo de esto como fugitivo el de su mérito.

Con todo, yo mismo que tantos deslices he observado, yá de Homero y yá de otros escritores los mas selectos, y que me disgusto de ver una falta en el estilo, reconociendo sin embargo en ellos no vicios voluntarios sino meros descuidos, en que la espresion se ha proferido inconsideradamente en el fuego de la efusion de un sentimiento grande, yo mismo, decia, que profeso tales ideas, créo sin embargo que las dotes mas relevantes, aunque padezcan alguna desigualdad, deben siempre ocupar el primer rango, sinó por otro título por la sublimidad misma.

Y en el supuesto de que aquel Apolonio que escribió «Las Argonáuticas» es un autor intachable, como tambien Teócrito en sus Bucólicas

es felicísimo, excepto en algunos idilios de distinto argumento ¿quisieras por eso ser más bien Apolonio que Homero? Pues qué? ¿Acaso Eratóstenes en su «Erigone» (y el tal poema es sin defectos) es mayor poeta que Arquiloco, el cual trae muchas cosas inoportunas, sin enlace, y por el ímpetu de ese aliento divino que no se sujeta fácilmente á leyes? Y qué! en la poesía lírica ¿querrias más ser un Baquilides que un Píndaro? y en la tragedia un Ión de Quíos que un Sófocles? pues aquellos dos son perfectamente puros y siempre elegantes en su estilo florido, mientras que Píndaro y Sófocles parece no pocas veces que en su ímpetu todo lo incendian, y muchas veces se estinguen sin causa y decaen lastimosamente, y no hay hombre de juicio que reuniendo en masa las tragedias de Ión las estimase en tanto como una sola de Sófocles, el «Edipo.»

34.

PARALELO DE DEMÓSTENES CON HIPÉRIDES.

Pero si el mérito de los escritos se ha de juz-

gar por el número, y no por la excelencia de las bellezas, en tal caso tambien Hipérides seria del todo superior á Demóstenes. Hipérides es mas sonoro y tiene mas prendas, y casi alcanza á la perfeccion en todos los géneros, parecido á uno de esos luchadores generales, que si bien lo ceden al que es mejor en uno ú otro de los ejercicios, superan á los que, como ellos, profesan los cinco reunidos; pues Hipérides, á la par que imita todas las bellezas de Demóstenes excepto la composicion, reúne tambien en grande acopio las gracias y primores de Lisias; es persuasivo cuando se requiere abandono, y no procede con ese continuo arrebatado anhelo con que Demóstenes lo dice todo como vertido de una sola pieza: trata las costumbres con gran dulzura y suavidad, y con un tono de apacible candor; su estilo tiene mil finuras, una zumba penetrante y de buen gusto, mucho festejo y donaire, destreza en la ironia, agudezas no insulsas ni rebuscadas, como las de los Atenienses, sino espontáneas; soltura en la atenuacion, mucho movimiento y desparpajo

cómico, oportunos chistes, y en todo ello una gracia y desenfado inimitables; además es muy adecuado para excitar la compasión, abundante en las narraciones, sumamente flexible para pasar de un asunto á otro sin esfuerzo alguno, como por ejemplo en los trozos en que habla de Látona, mas bien como poeta que como orador, y en la «Oración Fúnebre» en que luce una pompa tal que en mi juicio ningún otro le ha igualado.

Demóstenes por el contrario no es hábil en tratar las costumbres; su estilo no carece de escabrosidad: poco tiene de flexible y pomposo, y casi nada de lo que acabamos de enumerar, cuando por acaso se empeña en parecer urbano y en dar de que reír, lo consigue mas bien contra si mismo que sobre lo que dijo, y si se atreve á tratar el chiste es mas desabrido que nunca. No hay duda que si hubiera emprendido escribir aquel discurso de Hipérides sobre Frine ó sobre Atenógenes, habria hecho resaltar mucho mas el mérito de su competidor; pero como las bellezas de Hipérides carecen de sublimidad, aunque tan

numerosas, y, como dice el proverbio, arguyen sobriedad de corazon, y no punzan en lo vivo, permiten al lector estarse quieto, y así nadie se conmueve leyendo á Hipérides.

Pero Demóstenes, reuniendo por una parte la grandeza de alma y otras dotes llevadas á su colmo, ese tono de grandilocuencia, esos vivos afectos, la abundancia, el ardid, la celeridad, y por otra, esa vehemencia propia suya, ese ímpetu de elocuencia tan grande que nadie puede alcanzarlo, acumulando digo, esos dones que llamaré divinos, pues no es permitido ver en ellos prendas humanas, por estos méritos que tiene ha vencido siempre á todos, y los que no tiene se olvidan en medio de ese trueno y de ese resplandor con que oscureció á todos los oradores de su tiempo; y, mas facil le fuera á uno tener los ojos abiertos contra la fulguracion del rayo que el ver sin conmocion ese torrente de pasiones que domina en sus discursos.

PARALELO DE PLATON CON LISIAS

En cuanto á Platon, otra es la diferencia entre él y Lisias; pues no solo sus prendas son muy superiores sino tambien en mayor número, y mas se aleja de él Lisias con sus defectos que el otro con su mérito.

¿Qué es pues lo que han columbrado aquellos escritores divinos, ellos que siempre aspiran á lo sublime en sus escritos, descuidando esa melindrosa diligencia en los detalles? Entre otras muchas cosas comprenden ellos que la Naturaleza ha querido que el hombre sea un ser no humilde ni oscuro, sino que, cual si fuera todo el Orbe una grande asamblea, nos ha traído á la vida para que fuésemos espectadores de todas sus maravillas, y ansiosísimos campeones de la honra, sembrando en nuestros ánimos un invencible anhelo hácia todo lo que es grande, y que, referido á nosotros, tiene algo de divino, por cuya razon ni el mundo entero es suficiente

escena para la contemplacion tan agitada con que el ardor de la mente humana embiste hácia fuera, penetrando á veces su pensamiento mas allá de los límites de cuanto nos rodea, de modo que, á contemplar por un instante bajo todos sus aspectos la vida que abunde mas en cuanto hay de grande, hermoso y excelente, se percibe luego para qué destinos hemos nacido! De ahí viene á fé mia que, guiados por la naturaleza, no admiramos los pequeños arroyuelos aunque sean muy transparentes y útiles, sino mas bien el Nilo, el Danúbio, el Ródano, y mucho mas el Oceano; y este fuego encendido por nosotros, á pesar que tiene una luz pura no interrumpida, no lo admiramos como, à los fuegos celestes aunque muchas veces oscurecidos, ni lo creemos mas digno de admiracion que el cráter del Étna, cuyas fauces despiden peñascos de su fondo, y á veces peñones enteros, y á veces derraman torrentes de piédra derretida ó de puro fuego. Podemos pues decir que todo aquello que es útil ó necesario al hom-

bre es de fácil adquisicion; pero lo que se vé inesperadamente siempre hiere la fantasia.

36.

QUE NADA PUEDE PREFERIRSE Á LO SUBLIME.

Por consiguiente, con respecto á tales hombres que por su génio son sublimes en sus escritos, sin dejar de reunir lo útil y ventajoso, es menester considerar: que si bien distan mucho de una perfeccion intachable, tienen sin embargo algo de divino; que si algunas cosas en ellos muestran que son hombres, la sublimidad casi los equipara á unos dioses, y que la pureza logra evitar la reprehension, pero lo sublime se hace admirar.

¿Y qué es lo que ya añadiré á todo esto? Dos cosas. Desde luego, cada uno de ellos puede redimir casi siempre todos sus defectos con esta sola virtud de la sublimidad, y, lo que es mas decisivo en este punto, que si alguno coleccionase todos los errores de Homero, Demóstenes, Platon, y demas escritores de primer orden, y los

redujese en un cuerpo, se veria que no componen una mínima parte, qué digo? ni una milésima parte de las bellezas que campean por dó quiera en las obras de esos génius extraordinarios.

Por cuya razon, siendo imposible que la envidia pudiese dominar à su época y à la humanidad entera, esta les ha dado y les dá la palma de la victoria, y hasta ahora la mantiene firme en las manos de ellos, y parece que así tambien hará la posteridad.

“Todo el tiempo que corran las aguas
Y se cubran con hojas los árboles.”

Al que opina que, si el Coloso tiene algun defecto no vale mas que el lancero de Policleto, se le puede contestar, à mas de otras razones, que en las obras del arte se tributa la admiracion á todo aquello que tiene primor, pero en las obras de la naturaleza se admira lo que es sublime; que à la naturaleza se debe tener el hombre la facultad de emplear la palabra, y en esta se busca lo que escede à lo humano.

Sin embargo conviene, pues vuelve aquí nuestro precepto dado al principio de este Comentario, puesto que el estilo puro es frecuentemente una adquisicion del arte, mientras que la sublimidad con todas sus desigualdades es hija de la grandeza de alma, conviene, decia, aglomerar de todos lados los recursos del mismo arte en auxilio de la naturaleza, pues quizá en la armonia de estas cosas consiste la perfeccion, y nosotros por cierto hemos debido sentar estas ideas acerca de las cuestiones que se presentaban, pero cada cual hará uso de lo que mas le agrade.

37.

DE LAS COMPARACIONES Y SIMILES.

Para volver à lo que ibamos tratando, las Comparaciones y Símites tienen vecino parentezco con las Metáforas, difiriendo entre sí solamente en que.....

DE LA HIPÉRBOLE Y DEL DIASIRMO

Y tambien son viciosas tales hipérboles:

«Si no llevais vosotros el cerebro pisoteado bajo vuestras plantas.»

Por cuya razon es preciso saber hasta donde se ha de tolerar una espresion que ultrapase los limites de lo real; pues à veces el exceso destruye la hipérbole, y à fuerza de ponderar las cosas se quita toda la fuerza à la espresion hasta trocirla en lo contrario.

De este modo es que Isócrates, no sé como, se ha mostrado pueril por su afan de ponderar. Su tema en la «Oracion Panegírica» es que la República de Atenas es superior à la de Esparta por los beneficios prestados à la Grecia, y en el exordio mismo trae lo siguiente:—«A mas de eso, «tienen las palabras tal eficacia que con ellas no «solo puede el escritor apocar las cosas grandes «sino revestir de grandiosidad las pequeñas, y

«decir las cosas antiguas con aire de novedad y
«tratar de las modernas en estilo antiguo.»

¿Y de este modo, O Isócrates, dirà alguno, piensas inmutar lo que vas á decir acerca de los Atenienses y Lacedemónios? Pues aquel encomio de las palabras importa casi una prevencion á los oyentes para que no le crean. No sea pues que, como lo dijimos hablando de otras figuras, aquellas sean las mejores hipérboles que oculten ser tales hipérboles. Y esto sucede cuando, en fuerza del afecto vehemente, se producen estas figuras mezcladas con cierta grandeza en las circunstancias mismas, como lo hace Tucídides hablando de los que perecieron en Sicilia:—

«Pues los Siracusanos, dice, bajando allí hicieron pedazos principalmente á los que estaban en el rio, y al instante quedó descolorida el agua, y á pesar de ello se bebia mezclada con sangre y lodo, y muchos peleaban para beberla.»

Que la sangre y el lodo juntamente bebidos fuese tambien aquello porque peleaban, lo hace

creible la gran fuerza del afecto, y las circunstancias. Y aquello de Herodoto sobre los que murieron en las Termópilas es del mismo género:—

«En aquel sitió, dice, los bárbaros arrojando sus «saetas sepultaron con ellas á los Griegos que se defendian con sus espadas, los que las tenian todavía, y con las manos, y con los gritos.»

Aquí preguntarás qué viene á ser eso de «pelear con gritos» contra los armados, y el ser «sepultados bajo los dardos» pero se hace admisible por la misma razon de no parecer la hipérbole empleada como adorno, sino como que surge de la circunstancia; pues las acciones que rayan en furor, y como no cesaré de decirlo, los afectos vehementes son la solucion y remedio universal para todas las formas del atrevimiento en la elocucion; de donde resulta hasta en lo cómico que, aún habiendo algo de increíble, se tolera si es festivo y si mueve la risa, como aquello del poeta hablando de un rico:—

«El hombre, dice, poseia un campo algo menos «estenso que una epístola de Lacedemónios.»

La risa por una parte es un afecto que tiene por base el placer; y por otra parte la hipóbole, conforme es de aumento sirve también á la atenuacion, y á esta la hemos llamado «Diasirmo», fundándose una y otra en la ponderacion.

39.

DE LA COLOCACION Y DE LA ARMONIA EN LA ESTRUCTURA DE LA FRASE.

Todavía nos queda que tratar, querido Terenciano, la quinta parte ó sea la quinta fuente de lo sublime que hemos señalado al principio, y que consiste en la disposicion y armonía de las palabras; de lo cual habiendo tratado con bastante extension en aquellos dos libros donde expusimos cuanto la observacion nos ha señalado, no haremos mas que añadir por necesidad en el presente argumento, que tal armonía de las palabras no solo es para los hombres un instrumento admirable de persuacion y deleite, sino también de afectos hasta cierto punto y sin mengua de la libertad.

¿Acaso no es cierto que la flauta induce ciertos afectos en los oyentes, y los arroba y enagena como si estuvieran poseidos de un divino entusiasmo? y empleando cierto ritmo y número los obliga á moverse al compás, y á seguir los mismos movimientos que marca la melodía, aunque tales oyentes no entiendan nada de música? ¿Y acaso por cierto, los sonos de la cítara que de por sí nada significan, no procuran muchas veces un inexplicable deleite, con el cambio de modulaciones, con la repetición y combinaciones de los tonos? Y nótese que estas voces no son sinó débiles imágenes é imitaciones de la persuasión humana, y de ningún modo sus operaciones propias y originales

¿Y no debemos pensar acaso que la estructura de las espresiones, modulando una armonía innata en el hombre, armonía que no solo allaga los oídos, sino que penetra hasta el alma, despertando varias ideas de hechos y pensamientos, de perspectiva y modulación, cosas nacidas y arraigadas en nuestra fantasía, y, junto con la combinación y

variedad de los sonidos, haciendo pasar en los ánimos de los oyentes los afectos que agitan al orador, y acumulando las palabras unas sobre otras con todos los atractivos de proporcion y simetria, no debemos pensar, decia, que la estructura, con todas estas galas, nos atrae al mismo tiempo, y nos dispone, y nos templa à la altura de esa grandeza y dignidad, y de esa elevacion de lo sublime que enteramente se apodera de nuestra admiracion? Pero seria demencia discutir de cosas tan averiguadas, y en que la esperiencia es la prueba mas idónea.

(a) «En este género parece sublime y realmente admirable este pensamiento que produce Demóstenes, hablando del efecto de cierta ley:»

«Aquel decreto, dice, hizo que el peligro que à la sazón amenazaba à la República, pasára, cual una nube.»

Pero no es menos sonoro por la armonia que

(a)—Boileau ha traducido esto en las notas; donde cabalmente este trozo trasciende à profesor de retórica y hace ver que aquellos otros libros son de este mismo autor.

por el sentido; toda la cláusula procede con un hermoso ritmo en que hay muchos dáctilos, ritmo que eleva sobremanera la dición, y por eso es que el metro heróico, el mejor que conocemos, se compone casi todo de dáctilos, y este “*cual una nube*” cierra perfectamente el periodo. Y sino transfírase donde quiera, por ejemplo, de este modo: “*Aquel decreto, cual una nube, hizo que el peligro que á la sazón amenuzaba á la República, pasára;*” ó bien quítesele tan solo una sílaba, de modo que diga: “*hizo que pasára cual nube,*” y se verá hasta que punto la armonía conspira con lo sublime de la espresion, pues esa cláusula *cual una nube*, tiene otra majestad que si se alarga diciendo: *como si hubiera sido una nube*, espresion que vale lo mismo pero no suena lo mismo, relajándose el tono del estilo con esa inútil prolongacion de los sonidos

**DE LA CONVENIENTE COMPARTICION DE LOS MIEMBROS
DEL PERIODO.**

Otra cosa que tambien engrandece la elocucion es el enlace de los diferentes miembros de los periodos. Asi como un miembro, si es aislado, no tiene belleza alguna, pero todos ellos por su mútua disposicion ennoblecen la forma del cuerpo, del mismo modo los miembros del periodo, disgregados unos de otros, amenguan el estilo; pero formando cuerpo con vínculos de dependencia y armonia, se hacen mas sonoros en virtud de la union, y hay entonces en el periodo la sublimidad resultante de la combinacion de sus elementos. Y ya hemos declarado bastantemente que muchos escritores, tanto prosistas como poetas, no siendo sublimes por naturaleza, y aún algunos siendo mas bien apocados, y á mas de eso, usando frecuentemente vocablos comunes y familiares sin ostentar nunca elegancia en los giros, sin embargo, con solo este cuidado de colocar y acomodar

una cosa y otra, han conseguido grandeza y elevacion, haciendo olvidar la escasez de su propio talento, como entre otros muchos sucede con Filisto, y con Aristófanes en algunos pasages, y con Eurípides en muchos.

En este último, Hércules, despues de la matanza de sus hijos, dice:

«Colmado estoy de males; ya no queda en mi donde quepa otro alguno.»

Lo que se dice aqui es bien vulgar, pero se hace sublime, porque la estructura de las palabras cuadra muy bien con el asunto, lo cual, si se coloca de otra manera, aparecerá claramente que Eurípides es poeta mas por el esmero de la composicion que por el fondo de las ideas.

Tambien acerca de Dirce arrebatada por el toro, dice.—

«Y si se llega á cualquier parte, dándose vuelta á todos lados, á un tiempo agarra y se lleva á la rastra la mujer y la encina y los terrones, mudando el rumbo á cada monmento.»

La circunstancia por cierto es notable, pero acrece su vehemencia con cierta presión que la armonía sufre sin precipitarse con el movimiento uniforme de una máquina, y más bien como si hubiera ciertas rémoras con que unas palabras retardan á las otras dilatándose los miembros del periodo y consiguiendo elevación y sostenida esplendidez.

40.

VICIO DE LA AGLOMERACION DE SÍLABAS BREVES.

Por el contrario nada hay capaz de atenuar la elocución como el ritmo quebrado y acelerado en los periodos, cuando por ejemplo se emplean pirríquios y troqueos y dicoreos, que enteramente saltan unos tras otros imitando las danzas. Los trozos en que domina un ritmo cualquiera parecen desde luego primorosos y remilgados, y escritos á sangre fría, como que proceden á compás, y lo peor que tienen es que, como si fueran unos cantos que enagenan á los oyentes, estos no reci-

ben la impresion de la idea sino la del número, á tal punto que no pocas veces, previendo ellos la caida de la frase, le marcan el compás, y como si estuvieran en un coro, se anticipan á la conclusion de ella.

42.

VICIO DE LA FRASE MUY CORTA.

Tambien carecen de grandeza las palabras que se hallan muy apiñadas, y que están cortadas en silabas breves y ténues por su sonido, y que se hallan amalgamadas á la fuerza como una série de clavos duros y ásperos.

A mas de eso, el uso de periodos muy cortos atenua la diccion, quedando su grandeza mutilada cuando se coarta en una estrechez llevada al estremo. Y han de comprenderse aqui no las frases debidamente condensadas sino aquellas que presentan cortes brevísimos y continuos. La brevedad demasiado concisa embaraza el pensamiento, mientras la energia se consigue con solo abs-

tenerse de voces inútiles; y se sabe además que lo diluido no impresiona, y se embota á causa de la mucha hojarasca de palabras.

43.

DE LA TENUIDAD Y BAJEZA DE LOS VOCABLOS.

La tenuidad de los vocablos es también capaz de empañar un trozo sublime. En Herodoto por cierto hay un pasaje en que se describe una tempestad de una manera brillantísima en cuanto á las circunstancias, pero en mi opinión contiene algunas palabras harto inferiores al asunto, y quizá de este género es la espresion: «é hirviendo el mar,» de suerte que este vocablo «hirviendo» le quita mucho efecto á la frase, á causa de la poca nobleza que tiene. Al mismo tiempo dice: «El viento se afanaba»; y los que se hallaban en el naufragio tuvieron un fin «ingrato». Ese verbo «afanarse» es poco grave y es familiar, y el epíteto de «ingrato» no corresponde á la situación.

Del mismo modo Teopompo, habiéndose dis-

puesto á describir en estilo sublime el descenso de los Persas en Egipto, echó á perder toda su narracion, empleando ciertas palabras demasiado humildes:

«¿Pues qué ciudad ó qué nación de las que habitan el Asia, dice, no enviaron embajadores al Rey? ¿y qué cosa de las que nacen de la tierra, ó de las que se elaboran por el arte, hermosas ó preciosas, no le fueron enviadas de regalo? ¿Acaso no habia allí muchas y suntuosas cobijas y ropas, unas de púrpura, otras bordadas, otras blancas? ¿Acaso no se habian enviado muchas tiendas doradas, aviadas de cuanto podia ser útil? ¿No habia tambien trajes de sentarse á la mesa, y lechos preciosos? y ademas vajilla de oro y plata labrada y cincelada, y copas y jarros dignos de verse con piedras engastadas, y otros primorosa y ricamente elaborados? Fuera de eso, muchos miles de armas, ya griegas ya estrangeras, y bestias de carga fuera de toda cuenta, y víctimas para los sacrificios; á mas tambien mu-

«chos celemines de condimentos, y muchos fardos
«y sacos de pergaminos y libros, y otras cosas úti-
«les; y se habia traído tal cantidad de carne salada
«de toda clase de animales que los montones de
«ellas, vistos à la distancia parecian colinas ó tú-
«mulos levantados unos frente á otros.»

El autor baja de lo mas elevado à lo mas hu-
milde, cuando convenia proceder al revés, y mez-
clando al mismo tiempo, en esa admirable narra-
cion de todo el aparato, los fardos, y los condi-
mentos, y los sacos, ha dado casi la idea de una
cocina; porque del mismo modo que si alguno
trajese fardos y sacos en medio de vasos de oro con
piedras engastadas, y en medio de la vajilla de
plata cincelada, y de las tiendas doradas, y de las
copas, y los pusiese encima de estos objetos, se-
ria el conjunto chocante à la vista, asi las tales
palabras, siendo enteramente inoportunas, figu-
ran como manchas en la diction, y se destacan
como parches indecorosos. Pero nada le impe-
dia describir someramente eso que dice parecian

collados, y del resto de los objetos decir en globo: «y se veía gran número de camellos y otras bestias que traían cuanto podía desearse para el lujo y delicias de la mesa»; ó bien llamarlos «inmensas provisiones de cereales y otros renglones exquisitos para el sustento y aún para el regalo»: ó si quería especificar cada cosa bastante, como en efecto lo quiso, podía decir: «y todo aquello que forma las delicias de los que dan convites y preparan manjares delicados.»

Y realmente en los trozos sublimes no conviene descender hasta usar vocablos sórdidos y groseros, á menos de estar apurado de alguna necesidad apremiante; es preciso tener á la mano palabras que cuadren con la dignidad del asunto, è imitar en eso á la naturaleza creadora del hombre, la cual ni ha puesto á la vista las partes que no han de nombrarse, ni tampoco los emunc-torios, antes bien en cuanto pudo los ocultó, y, como dice Genofonte, situó en el mayor aislamiento posible tales conductos por no afear la hermosura de todo el cuerpo.

Pero será escusado enumerar uno á uno los defectos que amenguan el estilo, por que habiendo mostrado antes cuales son las cosas que lo hacen excelente y sublime, queda comprobado que todo lo que á ellas sea contrario lo humilla y desdora.

44.

CAUSAS DE LA ESCASEZ DE ESCRITORES SUBLIMES.

Lo que nos queda por decir, querido Terenciano, no tendremos á menos añadirlo en vista de tu gran deseo de aprender, y esplicaremos eso que poco hà puso en cuestion cierto filósofo, diciendo:—«Una cosa me admira, no menos que á muchos otros, como sucede que en nuestra época existen talentos muy aptos para persuadir, hábiles para tratar las causas forenses, talentos acres y ásperos aunque iniciados en las suavidades del estilo, y ya no existen, sino es alguna rara excepcion, géñios como aquellos elevadísimos y magníficos, tan grande es en esta parte la esterilidad

de escritores en nuestro siglo! ¿Acaso, dijo, habrá de darse fe á ese dicho vulgar «que la República es la buena nodriza de los grandes ingenios, y que solo con ella han florecido y han muerto los escritores sublimes?» Pues la libertad, dice, es á propósito tanto para nutrir los pensamientos de las cosas grandes, y la esperanza de realizarlas, como para incitar á la mútua lucha y emulacion por lograr el dominio de la elocuencia. Ademas, siendo en las Repúblicas tan grandes los premios propuestos al que vence por la palabra, las distinguidas aptitudes de los oradores se aguzan con el ejercicio continuo, se acrisolan con las dificultades de los negocios, y brillan á la par de ellas; pero nosotros los del dia, parecemos desde la mas tierna niñez imbuidos en una legitima servidumbre, y desde que recien comenzamos á pensar, nos hallamos poco menos que envueltos como en pañales por las costumbres é instituciones creadas por ella, sin gustar jamas la libertad, esa hermosísima fuente de los ingenios, y que mas se connaturaliza con el hombre, y

en consecuencia de lo cual, no arribamos á ser otra cosa que unos espléndidos aduladores; por cuya razon, agregó, todas las demas facultades suelen encontrarse tambien hasta en los siervos, pero nunca llega uno de ellos á ser orador, porque al instante despunta el caracter social que lo tiene siempre como engrillado con los vinculos del hábito; pues «como dice Homero: «Un dia de servidumbre quita la mitad del valor.» Por consiguiente, dice, si es cierto lo que oi referir, que las arcas en que se crian los pigmeos que llaman enanos, no solo impiden el crecimiento de los que en ellas se encierran, sino que aun los achican mas con tales obstáculos, así podria decirse que toda servidumbre, aun que sea justísima, es como el arca del ánimo ó como su cárcel pública.

Pero yo así le contesto: Es fácil, O buen amigo, y es familiar á los hombres quejarse siempre de la situacion actual, pero vamos con tiento. Quizá es la paz universal del orbe la que adormece á los grandes ingenios, y mucho mas esa guerra

perpetua que tiene asediada à nuestra codicia, y ademas por cierto esas pasiones que tienen al presente siglo encajcelado, y que salen de la ciudadela à saquearlo y destrozarlo; pues el amor al dinero en que ya todos nos engolfamos insaciables, y el amor al deleite, nos arrebatan à la servidumbre, ó como diria alguno, sumerjen ya à los siglos con hombres y todo. El amor al dinero nos hace pequeños, el amor al deleite nos hace viles. No puedo figurarme, por cierto, como pueda suceder que nosotros, que en tanto estimamos las grandes riquezas, y por hablar con mas verdad, que las adoramos como à un Dios, evitemos en nuestros ánimos esos males que junto con ellas invaden y crecen. Tras los tesoros acumulados hasta la exorbitancia, siguen à pasos iguales los gastos que siempre van en aumento, y forzando la entrada de las ciudades y casas particulares, les traen el inseparable lujo; y cuando estas dos cosas han habitado en el mundo por algun tiempo, hacen su ruido, segun la espresion de los sabios, y aplicando-

•

se á dar á luz su cria, engendran el fasto y la lujuria, hijos suyos, no espúrios sino muy legítimos; y si se permite que estos hijos de la riqueza logren su incremento, procrean ellos á su vez muy luego en los ánimos unos dèspotas iuexorables, como el desprecio, y la injusticia; pues es de rigor que así suceda, y que los hombres no puedan ya levantar arriba los ojos, ni en manera alguna cuidar de su reputacion, sino ir por grados llevando á su colmo esa degradacion del siglo, y que las altas inspiraciones de la mente se ajen, y se agosten, y se vilipendien, admirando los hombres lo que hay en ellos de mortal é inutil, y descuidando de acrecentar lo que goza de inmortalidad. Ningun juez sobornado por precio puede ser juez libre é íntegro de lo justo y de lo bello; por necesidad sus propias cosas le parecerán justas y bellas al interesado, y del mismo modo, cuando nuestra vida està llena de sobornos, cuando andamos á caza de muertes ajenas, apispando los testamentos; cuando reducimos todo al lucro, aún con peligro de la vi-

da, esclavizados cada uno de nosotros por su amor al dinero, ¿acaso en medio de tan pestilente corrupcion de la sociedad, pensamos que haya quedado alguno que sea juez libre é incorruptible de los escritos sublimes ó que han de lograr inmortalidad, y que no esté corrompido por el afan de enriquecer?

Pero veamos que quizá sea mejor para nosotros, tales cuales somos, ser gobernados que si fuéramos libres, puesto que nuestros furores de codicia, si cual las fieras que se largan en el Anfiteatro, se soltasen sobres los prójimos, encenderian el orbe todo en males sin cuento.

En suma, he dicho que la desidia es la que consume á los ingenios de nuestra época, en la que, con cortas escepciones, todos pasamos la vida sin tener en vista otro afan, sin emprender trabajos por otro móvil que el deleite y el aplauso del momento, y no por un bien que sea digno de honra y emulacion.

Pero mas conveniente será dejar este asunto á

un lado, y pasar á lo que debia seguir que eran los Afectos, sobre los que he prometido discurrir en un comentario à parte, y que, en mi sentir, constituyen una fuente, y no la menos caudalosa, de cualquier género de escritos y en particular de los sublimes.



FRAGMENTOS.

1.

DE UN CÓDIGO MANUSCRITO DEL VATICANO

Y sea como un compendio de toda la lengua y de todo el arte Griego:—Demóstenes, Lísias, Esquines, Aristides, Iseo, Timarco, Isócrates, Demóstenes Critino (a), Jenofonte, y ademas Paulo de Tarsis, que tambien digo ha sido el primero que haya prohijado un dogma no demostrado.

(a)—Este Demóstenes Critino no me es conocido. Fabricio menciona por órden de antigüedad á Demóstenes Mache-ropeo padre del orador; Demóstenes, general ateniense; Demóstenes de Marsella, médico oftálmico; Demóstenes Bítino, historiador; Demóstenes Trácico que, segun Suidas, escribió sobre los Poetas Ditirámicos una metáfrasis de la Illada y de la Teogonia de Hesiodo, y un Eptome de Damágetes Heracleota; y por fin Demóstenes de Mitilene, mencionado por Plutarco. Yo sospecharia pues que se habla aqui de Demóstenes Bítino

2.

DE UN CÓDIGO MANUSCRITO PARISIENSE.

El metro viene originariamente de un Dios que con metro ha ordenado las cosas celestes y las terrenas, pues hay cierta armonía tanto en los cuerpos celestes como en los terrestres, ¿y de qué modo este universo jamás habría subsistido sino fuera constituido con orden y con cierto ritmo?

Y aún los instrumentos, contruidos por nosotros, todos ellos resultan del metro; y si todos ellos, cuanto mas el lenguaje que en sí todo lo contiene, pues en la prosa misma hay cierta armonía, y realmente se manifiesta esto por el hecho de ser mas armonioso el lenguaje de uno que el de otro hombre. Y descuella mas en el poético en que se admiten afectos y figuras en mayor número, y también fábulas y ficciones creadoras de la armonía. Por esto seguramente los antiguos también formulaban sus máximas familiares en verso mas bien que en prosa; y si en el metro hay armonía, esta se liga con la música, y cuanta sea

la gloria de la música no hay quien no lo sepa; de modo que el metro es una de las cosas excelentes, puesto que existe en la música, de cuya excelencia, como dice **Homero**, «hemos oído, sí, hablar, pero nada sabemos.»

3.

DE UN CÓDIGO MANUSCRITO PARISIENSE.

De los Prolegómenos del filósofo Longino al Manual de Efestion:

Pero sea que la teoría del metro es cosa nueva ó un invento de la antigua Musa, ambas cosas vienen perfectamente; pues si es antigua, es venerable por la misma antigüedad; si reciente, ha de ser aún mas amable, y en sentir de **Homero**:

«Todos redicen y todos alaban la musa, que agradable por su novedad, hiere á los oídos no acostumbrados.»

Ahora bien, el ritmo es padre del metro y tambien lo es Dios; pues trae á la verdad su principio del ritmo, pero de Dios viene su sonido.

—:Muchos han emprendido tratar de los me-

tros, y de muy diversas maneras; unos toman por base las letras, como Filomeno, otros la definicion del metro, como Heliodoro, y nosotros siguiendo à Efestion, empezaremos por la silaba; pero antes es preciso prevenir algunas cosas.

—:El criterio del metro es el oido; por eso algunos asi lo definen: Metro es la combinacion de ciertos pies ó pasos que el sentimiento percibe por medio del oido. Y si por una parte el oido lo juzga, es la voz quien lo herмосea; pues así como la voz, extendiendo y acortando el eco de la buena modulacion, dá forma à las sílabas, así el oido las percibe y juzga.

—:Por esta razon muchos de los metros se deslizan furtivamente silenciosos en medio de la prosa, y tambien invaden con frecuencia otros metros. Pues fácilmente quizá se hallaria uno que otro verso heróico en el orador Demóstenes, que podria haberse sustraído à su atencion, à causa de la pronunciacion prosáica que arrebatá juntamente el sentido y el sonido. Ahí donde dice «que

por medio de la guerra en Anfisa entró Filipo en Elatea hay un verso heróico, y hay un jónico donde dice «habiendo habido muchos discursos y confusión entre vosotros», y es claramente un jónico mayor, y parecido á otro que ocurre donde habla de Mnasídica. Pero en otra parte daremos ejemplos de versos injertados en otros.

—Y difiere el metro del ritmo, siendo la sílaba materia para metros, y no habiendo metros sin sílabas, mientras que hay ritmo en las mismas sílabas, y fuera de ellas, y en cualquier sonido acompañado. Pues cuando vemos á los herreros bajar sus martillos á un tiempo, también oímos cierto ritmo, y por último se tiene igualmente el trote del caballo y el movimiento de los dedos, y la conformación y consenso de formas en los miembros, y las vibraciones de las cuerdas, y el azotar de alas en los pájaros; pero no puede haber metro sin que haya dicción de tales ó cuales dimensiones.

El metro difiere del ritmo también en que tie-

ne sus tiempos determinados, breve, largo y mediano ó comun, allegándose este mas ó menos à uno de los primeros, y el ritmo alarga y acorta los tiempos à su antojo. Los poetas saben muy bien que esto es así. Tomemos ejemplo en una Comedia en que se hace befa de la filosofia séria en «Las Nubes» de Aristófanes. Pues à pesar de ese escàrnio, pregunta Sócrates «si se trata de metros, de versos épicos, ó de ritmos.» Distingue pues los metros de los ritmos. Por consiguiente dos cosas hay que observar en el ejemplo aducido, que el metro difiere del ritmo, y que los antiguos habian reducido à preceptos la teoria de los metros.

—:Tambien metro se dice en muchos sentidos; pues asi llamamos la medida justa, como cuando decimos: «En todo el metro exacto es lo mejor,» ya sea esto el dicho de un sabio (1), ó

(1) Efectivamente, este es el texto del dicho de uno de los siete sabios de Grecia, y que los Romanos espresaban con esta fórmula *Modus optimus*; esto es: En todas cosas la moderacion es lo mejor.

don de un Dios, pues ciertamente es muy digno de Apolo inventor de las modulaciones. También se llama *metro* la cosa con que se mide, y aquello que se mide, como una fanega es la medida así llamada y lo que en ella cabe, ó también una vasija cualquiera determinada, como el sextario, ó una vara de un codo de largo recibe también el mismo nombre.

Igualmente en el presente argumento se llama *metro* á muchas cosas, pues llamamos metro á todo lo que no es prosa, como cuando llamo prosa lo que escribió Platon y metro lo de Homero. Y metro se dice de cualquier género de ellos, como el metro jónico, el metro yámbico, el metro trocáico. También los versos considerados uno por uno se llaman metros, como cuando digo que la primera rapsodia de Homero consta de seiscientos metros, lo que ya reparó también Ulises Métrico. Damos el nombre de trimetro al yámbico que consta de seis pies. También llamamos metro el tiempo mismo, y ciertos escritores en materia de ritmos le llaman *nota*.

Y que esto es así lo comprobaremos con un ejemplo, que unos atribuyen à Orfeo, y otros à la Pitonisa; pues diciendo aquel ó este, al hablar del verso épico: «Por filas de à seis, con veinte y cuatro metros», se verifica lo dicho, à saber, que metro es la medida y lo que se mide. Asi tambien, por lo que va explicado, el poema se llama metro, y cada una de las cosas que miden gozan de esta apelacion: el tiempo forma silaba, las sílabas el pie, este la pareja, varios pies forman el verso, y estos el poema, de modo que con razon todos se llaman metros.

—:La voz *metro* viene del verbo *meiro*, que significa *dividir*, de donde aquello del poeta:

“Ison emoi basileu^a, cai hémisy méireo times.

“Igual á mí reina tú, y á medias comparte la honra.

Y como de *seio*, sacudir, sale *seistron*, el sistro ó panderete, y de *dero*, desollar, sale *dértron*, el pellejo, y de *phero*, llevar, sale *phértron*, el féretro, asi de *meiro* se hace *metro*; de manera que atendiendo à la etimologia, metro es comparticion.

—:No hay precision ahora de tratar de las definiciones del metro; pues el mismo Efestion desapruueba á Heliodoro que trata este asunto para novicios, que ignorantes aun y no habiendo practicado el arte, no pueden entender tal definición.

—:El libro se intitula «Manual», no como han pensado algunos, aludiendo á la espada, (1) sino porque aguza el ánimo de los que le usan, quienes, si quieren, pueden tener «á la mano» cada uno de los preceptos del arte métrica. Que ello es asi consta por lo que dice Heliodoro en el principio de su «Manual»: «Este libro es escrito para el uso de los que quieran tener á mano los principios elementales del arte métrica.»

—:Efestion, como ya dijimos, empieza por la silaba, por ser materia del metro, sin la cual ni puede haber metro, y lo que constituye es primero que lo constituido, y por eso hay que arrancar de allí. Por lo demas, no empieza por el gé-

1 El mismo nombre de *Encheiridion* que significa *Manual* permite esta ambigüedad; pues vale al plè de la letra: lo que se trae en la mano.

nero sino por la especie, y es la cosa primaria que puede dividirse en especies, y especie es aquello en que se divide el género; así *animal* es género cuyas especies son *hombre, caballo*, ecétera. Y á esta cuenta la sílaba es género, cuyas especies son breve, larga, y la llamada comun. Así pues no le pareció conveniente empezar por el género, pues seria una cuestion técnica, ni dar la definición de la sílaba ni su etimologia, en lo que ha sido censurado por los técnicos.

—:Ademas la sílaba asi se llama porque reúne cierto número de letras que pueden percibirse bajo un mismo sonido, á no ser que se hable de aquellas que constan de una letra; pero dejemos estos puntos á la investigacion de los técnicos.

—:En la métrica se han de ver dos cosas: que toda breve es igual á otra breve, y toda larga igualmente, pues en general las largas tienen dos tiempos, las breves uno, y de ahí decimos que el dáctilo tiene cuatro tiempos y el pirríquiuo dos, y no es curioseando minuciosamente sobre la dic-

cion poética ó sobre las letras de la sílaba ó su número, sino midiendo los tiempos sobre el valor de ese número.

4.

DE UN CÓDICE MANUSCRITO PARISIENSE.

Empezaremos por la sílaba breve. Efestion la define así: «Sílaba breve es aquella que tiene una vocal breve ó sonando como tal, pero no en fin de dición, y de manera que entre ella y la vocal de la sílaba siguiente no intervenga mas de una consonante simple, sino una sola, ó ninguna» Definición digna de elogio ciertamente, como que tiene todo lo que debe abarcar una definición legítima; pues también entre los Filósofos definición es la que nada comprende fuera de la cosa definida y nada omite de ella, siendo la definición y lo definido mutuamente afirmable lo uno de lo otro, como en este ejemplo: «Hombre es un animal dotado de la palabra, mortal, capaz de ciencia é inteligencia.» Si pues hay un animal do-

tado de la palabra, mortal, capaz de ciencia é inteligencia, tal animal es hombre; igualmente: «El sonido es aire en vibracion,» pues si algo es aire en vibracion eso será sonido. Del mismo modo en la propuesta definicion veamos la reciproca: si hay una vocal breve no en fin de diction y no teniendo despues mas de una consonante, eso por cierto es una silaba breve, y se ha dicho «no en fin de diction» á causa de la llamada vocal comun.

Si forma parte de la oracion, induce el caracter de vocal comun, y una sílaba breve en fin de diction se tiene algunas veces por larga, como en el Poeta, estas: *Tá peri calá rhéetra*, y tambien la preposicion y silaba *pros* es breve, pero hace veces de larga donde Homero dice *Pros oicon Pécleos*, porque ahí se necesita el pié espondeo.

Y aquello de «no intervenir mas de una consonante» se ha puesto en la definicion á causa de la larga, porque si aconteciere que una vocal breve ó comun tuviese despues de sí dos consonantes,

estas harian la sílaba larga. Asi la vocal *e* es una sílaba breve, pero siguiendola dos consonantes, como en *Hector*, queda larga; y por eso añade que no deben seguir dos consonantes sino una simple, ó ninguna, pues una doble, como en *εξοο ελον*, tendria el mismo efecto.

5.

DE PORFIRIO EN LA «VIDA DE PLOTINO» P. 13 EDICION DE BASILEA.

Muchos Filósofos han habido en nuestra época misma, O Marcelo; y principalmente en los primeros tiempos de nuestra niñez; pues cuesta decir cuan grande es la penuria en lo presente; y tambien no pocos de ellos, cuando ya éramos jovencitos, empezaron à sonar como sostenedores de dogmas filosóficos, de todos los cuales por cierto logré conocimiento durante la larga peregrinacion que junto con mis padres emprendi por muchisimos lugares desde la primera niñez, y aun, mientras asi recorria varias naciones y pueblos,

•

tuve proporcion de vivir familiarmente con no pocos de ellos que à la sazón sobrevivian.

Algunos hay que trasmitieron sus opiniones en sus escritos para que así la posteridad pudiese disfrutar de su doctrina. Otros creyeron que les bastaria si lograsen imbuir à sus discípulos en el conocimiento y sentido de ella. Del primer género fueron los filósofos Platónicos Euclides, Demócrito, y Proclino que pasó su vida en la Troade, y por otra parte tambien Plotino y su amigo Gentiliano Amelio que ahora están en Roma; Jos Estóicos Temístocles y Febion, y los que muy recientemente florecieron Annio y Medio; y de los Peripatéticos, Heliodoro de Alejandria. Del segundo género fueron Ammonio y Orígenes, à quienes nosotros frecuentamos muchísimo tiempo, y que mucho superaban à sus contemporáneos en sabiduria. Y tambien frecuentamos à sus sucesores Diodoto y Eúbulo. Pues aunque algunos no dejaron de escribir una que otra vez, como Orígenes sobre los Espíritus, y Eúbulo sobre Filebo y

Górgias, y «Sobre lo que se ha contestado á Aristóteles que escribió contra «La República de Platon», no por eso quisiera yo enumerarlos entre los autores que trataron expreso de aclarar los dogmas de la Filosofía. siendo aquellos sus opúsculos episódicos y casuales, sin propósito ni conato efectivo de escribir una obra formal y elaborada.

De los Estóicos fueron Hermino y Lisímaco, y los que en esta ciudad pasaron su vida Ateneo y Musonio; y de los Peripatéticos Ammonio y Tolomeo, los cuales ambos eran los mayores Filólogos de todos sus contemporáneos, particularmente Ammonio, pues nadie hay que, por lo que mira al mas ámplio conocimiento de los varios ramos del saber, pueda comparársele. Y sin embargo nada escribieron sobre Filosofía, sino unos cuantos poemas solamente, y algunas oraciones del género demostrativo, que por cierto, sin quererlo ellos, creo que circulan todavía, y no hay que imaginarse que ellos hayan pensado hacerse conocer de la posteridad por estos libritos, omitiendo el afan de enriquecer su mente con estudios mas elevados.

•

Y entre los que escribieron, algunos nada han producido sino recopilaciones ó extractos de otros autores mas antiguos, como lo han hecho Euclides, Demócrito y Proclino; otros, eligiendo para interpretar ciertas minuciosidades en las doctrinas de los antiguos, emprendieron componer libros sobre los mismos asuntos que ellos, como Annio, y Medio, y Febion, teniendo este último mas cuidado de lucir por la elegancia del estilo que por la gravedad de los asuntos ó de las máximas. Y á estos podemos añadir Heliodoro, el cual tampoco trajo de su propio fondo nada de nuevo, y que no se haya dicho por los antiguos para la mas clara esplicacion de los dogmas de la Filosofía.

Pero los que, por el número de cuestiones que trataron, han manifestado cierta diligencia y contraccion á escribir, contemplando las cosas bajo un punto de vista propio y original, fueron Plotino y Gentiliano Amelio, de los cuales el primero explanó con mucho mas claridad, segun creo, que

otro alguno los principios Pitagóricos y Platónicos, pues las explicaciones de Numenio, y las de Cromio, y de Moderato, y de Trasilo no se han de comparar en cuanto á lucidez de exposicion con los Comen-
mentarios de Plotino sobre estas materias; y Amelio, mientras se propone seguir sus vesti-
gios, presenta á la verdad los mismos dogmas, pero es mucho mas prolijo en su exposicion, y usando una base de interpretacion mas ámplia, parece desviarse en una manera de tratarlos con-
traria á la de Plotino. Y estos son los únicos cuyas obras creeria yo dignas de nuestra pesquisa y conocimiento. Pues los demas ¿porqué habria uno de considerar que emplea bien su tiempo en consultarlos, sin acudir á los mismos de quienes copiaron? principalmente cuando ni el cuidado han tenido de elegir ni el sumario de las cosas, ni de los argumentos, ó de la recopilacion de muchos ó siquiera la mejor critica? Yo por mi parte lo hice ya en otros escritos mas de una vez, y en mi respuesta á Gentiliano «Sobre la Justicia que

hay en Platon», y en el examen del «Comentario de Plotino sobre las ideas». Pues cuando nuestro comun amigo, aquel Porfirio de Tiro, quien á su vez no ha escrito poco, á imitacion y ejemplo de Plotino, prefiriendo el método y doctrina de aquel á la nuestra, se propuso demostrar con un escrito dado á la luz pública, que aquel abrazaba sobre las ideas una teoria mucho mejor que la nuestra, parezco haberle probado medianamente que ha retractado sin fundamento su parecer. Además en esos mis opúsculos, me parece que he desautorizado no pocas opiniones de aquellos varones, como en mi «Epístola contra Amelio» en contestacion á una suya enviada de Roma, intitulada «De la manera de filosofar de Plotino,» y yo, contentándome con un título comun, llamé simplemente «Epístola contra Amelio» este opúsculo que tiene casi las dimensiones de un Comentario.

DE PORFIRIO EN LA «VIDA DE PLOTINO» P. 12. EDICION DE BASILEA.

Y tú enviame esos libros cuando te parezca, ó mas bien acompáñalos; pues no cesaré de pedirte con ahinco que no prefieras ningun viaje á este, sino por otra cosa, pues ¿en qué habias de esperar aumentar tu sabiduria junto á nosotros? siquiera por nuestro antiguo trato, y por el clima que es templadísimo para esa tu debilidad del cuerpo que dices. Y si te viniere á la mano alguna otra cosa que piensas, pero no esperes nada de nuevo de mi parte, ni aun de los antiguos escritores que dices haber perecido, pues aqui es tanta la escasez de copistas que en todo este tiempo, digo la pura verdad, apenas he podido encontrar uno que me copiase las obras de Plotino que me faltaban, habiéndolo distraido de su acostumbrada tarea para ocuparse esclusivamente de esa transcripcion. Y ya, si no me engaño, he conseguido todas sus obras, y tambien he recibido las que recien me mandas-

té; pero no las he logrado mas que á medias por estar muy incorrectas, aunque habia creido que nuestro camarada Amelio hubiese enmendado los yerros de los copistas, pero veo que ha tenido otros asuntos mas urgentes que este cuidado, de modo que no tengo como hacer uso de estos Comentarios sobre el Alma y sobre el Ente, apesar de mi gran deseo de considerarlos detenidamente, pues estos tambien están muy incorrectos. Y mucho desearia recibir de tí un ejemplar correcto tan solo para confrontar y remitirlo en seguida. Pero repito lo que dije antes, que no lo mandes sino que lo traigas, y cualesquiera otra cosa que se le hubiere quizá escapado á Amelio, pues todo lo que él trajo lo he adquirido con afan ¿Y porqué no tendría avidez de procurar las obras de ese hombre dignas de toda honra y veneracion? Pues siempre he declarado, estando tú presente, y cuando viajabas, ó morabas en Tiro, que á mi me acontece no asentir á muchos de los argumentos, pero es indecible cuanto admiro y amo su estilo, la con-

cision de sus máximas, y su modo de tratar las cuestiones filosóficas, y aun digo que los investigadores deben tener esos libros entre los mas importantes.

7.

DE EUSEBIO EN LA «PREPARACION EVANGELICA,» LIB
15. P. 822. EDICION DE PARIS.

Y para decirlo de una vez, á mi me parecen haberse quedado lejos de discurrir con acierto todos esos que han declarado que el alma es cuerpo; pues ¿cómo ha de caber de ningun modo el establecer en ella algo de semejante á cualquiera de los elementos? ó cómo referirla á las mezclas y combinaciones de ellos? las cuales operándose de diversos modos, suelen producir innumerables especies de otros cuerpos en que, sino proximamente al menos por cierto no tan remotamente, se puede ver la causa de los elementos y su virtualidad para las segundas y terceras combinaciones. Pero en cuanto á las cosas que ata-

ñen al alma, ni siquiera vestigio ó indicio hay en los cuerpos de su origen, aun cuando uno quisiera, como Epicuro y Crisipo, no dejar piedra por mover y analizar toda la esencia del cuerpo para buscar la generacion de las acciones referentes al alma. Pues aquel espiritu tan sutil ¿de qué puede servir en las visiones y racionios? y ¿de donde la figura de los átomos, mas que otras calidades, tendrá la eficacia y poder de cambiar, de suerte que, al combinarse entre si en la conformacion de otro cuerpo, engendren la sensatez? Y soy de opinion que, aún con esas tripodes y esas criadas de Vulcano que dice Homero. aquellas, autómatas bailando en concierto, y estas trabajando con su amo, sin faltarles ninguna facultad de los seres vivientes, cualquiera de estas máquinas que por si se mueven, se parece á las diedras mismas que están sobre la costa para lo que es hacer que una cosa esté dotada de sentimiento. Y no sin razon se enfadaria uno con Zenon y con Cleanto que han tratado el alma con tanto escárnio, sentando ambos que el alma no es

sino la exhalacion de la parte mas densa del cuerpo. ¿Qué hay, O Dioses! de comun entre el alma y una exhalacion? ¿ó cómo cabe que, creyendo ellos que en esto se parecen nuestra esencia y la de los otros vivientes, puedan sostener por una parte la existencia de imaginaciones y recuerdos, y por otra los deseos y voluntad de las cosas que se refieren á la inteligencia? ¿ó tambien á los Dioses mismos, y al que en todas cosas á la par está presente en las terrestres como en las celestes, los transformaremos en exhalacion, y en huño y tamaña necedad? No reverenciaremos siquiera á los Poetas que, no teniendo una idea cabal de los Dioses, sin embargo, parte por el sentido comun de los hombres, parte por la imaginacion de las Musas que á ello suelen excitar, han proferido sobre eso sentencias mas dignas, y no se acordaron de exhalaciones ni de vapores, ni de espíritus y disparates

8.

DEL COMENTARIO SOBRE HERMÓGENES POR UN ANÓNIMO P. 380 EDICION. ALDINA.

Estas que suelen llamarse figuras de sentencias, como la Preocupacion, la Correccion, la Reticencia, la Ironia, la Etopeya, me parecen haber conseguido una calificacion poco idónea, siendo con mas razon sentencias y Entimemas, y Argumentos de probabilidad, y géneros de Pruebas. Pues algunas de ellas, como la Correccion y la Preocupacion tienen fuerza de Proémios, la Pretericion trata de mostrar lo que es fidedigno, y todas ellas pueden ser parte de probaciones por los afectos y costumbres, y adaptadas á la Descripcion.

FIN.

Tabla de Materias.

	<u>Pajinas.</u>
PREFACIO del traductor.....	I
TABLA CRONOLÓGICA para la mas fácil inteligencia de la vida de Longino.....	VII
VIDA DE LONGINO.....	1
TRATADO DE LO SUBLIME—Seccion 1—Imperfeccion del estilo de Cecilio—Nocion de lo que es sublime....	47
Seccion 2—Si hay un arte particular de lo sublime, y de los vicios que le son opuestos.....	50
Seccion 3—Del estilo hinchado ó hiperbólico.....	52
Seccion 4—Del estilo frio.....	57
Seccion 5—Orígen de los vicios del estilo.....	61
Seccion 6—Estos pueden evitarse.....	62
Seccion 7—Criterio de la sublimidad.....	63
Seccion 8—Hay cinco fuentes de la sublimidad.....	65
Seccion 9—De la amplificacion, y elevacion de sentimientos.....	68
Seccion 10—De la eleccion de circunstancias.....	77
Seccion 11—De la amplificacion.....	82
Seccion 12—Lo que debe entenderse por amplificacion	83
Seccion 13—Del estilo sublime de Platon, y de su imitacion.....	86
Seccion 14—Que debemos tener ante los ojos à los escritores de primer orden.....	89
Seccion 15—De las visiones.....	91
Seccion 16—De las figuras.....	97
Seccion 17—Que la sublimidad y las figuras se sostienen mutuamente.....	101
Seccion 18—De la interrogacion é interpelacion.....	104

Seccion 19—De la aceleracion de la frase	105
Seccion 20—De la acumulacion de figuras	106
Seccion 21—Que las cópulas enervan el estilo	108
Seccion 22—De las inversiones ó hipérbaton	109
Seccion 23—De la mudanza de números	112
Seccion 24—que los singulares surten á veces mucho efecto.	114
Seccion 25—De la mudanza de tiempos	115
Seccion 26—De la mudanza de personas	116
Seccion 27—De la transicion súbita á otras personas . .	117
Seccion 28—De la perífrasis ó circumlocucion	120
Seccion 29—Vicios de la perífrasis	120
Seccion 30—De la eleccion de vocablos	123
Seccion 31—De las expresiones triviales	124
Seccion 32—De la acumulacion de metáforas	126
Seccion 33—Que lo sublime con lunares vale mas que lo mediocre, aunque sea muy puro	131
Seccion 34—Paralelo de Demóstenes con Hipérides . .	134
Seccion 35—Paralelo de Platon con Lísias	138
Seccion 36—Que nada puede preferirse á lo sublime . .	140
Seccion 37—De las comparaciones y símiles	142
Seccion 38—De la hipérbole y del diasirno	143
Seccion 39—De la colocacion y de la armonia en la es- tructura de la frase	146
Seccion 40—De la conveniente comparticion de los miembros del periodo	150
Seccion 41—Vicio de la aglomeracion de sílabas breves	152
Seccion 42—Vicio de la frase muy corta	153
Seccion 43—De la tenuidad y bajeza de los vocablos . .	154

Seccion 44 y última—Causas de la escasez de escritores sublimes	158
Fragmento 1—Sobre los Oradores Griegos.....	165
Fragmento 2—Sobre el metro en general.....	166
Fragmento 3—Sobre la teoría del metro segun Efestion	167
Fragmento 4—Sobre la definicion de la sílaba segun Efestion.	175
Fragmento 5—Sobre algunos filósofos contemporàneos de Longino.....	177
Fragmento 6—Párrafos de carta sobre las obras de Plotino.	182
Fragmento 7—Sobre la naturaleza del alma.....	
Fragmento 8 y último--Sobre las figuras de sentencias.	188

Indice primero.

*De los Autores citados por Longino en el Tratado
ó al mismo tiempo en los Fragmentos.*

- Ammonio, seccion 13 y Fragmento 5.
Anficrates, secs. 3 y 4.
Anacreonte, sec. 31.
Apolonio de Rodas, sec. 33.
Arato, secs. 10 y 26.
Arquíloco, secs. 10, 13 y 33.
Autor anónimo del Poema de los Arimáspios, sec. 10.
Aristófanes, sec. 40 y frag. 3.
Aristóteles, sec. 32 y frag. 5.
Baquílides, sec. 33.
Cecilio, secs. 1. 4. 8. 31 y 32.
Calístenes, sec. 3.
Ciceron, sec. 12.
Clitarco, sec. 3.
Demóstenes, secs. 2. 10. 12. 14. 15. 16. 18. 20. 22. 27. 32.
34. 36. 39 y frags. 1 y 5.
Esquilo, sec. 15.
Esquines, sec. 16 y frag. 1.
Estesícoro, sec. 13.
Eupolis, sec. 14,
Eurípides, secs. 15 y 40.
Filisto, sec. 40.
Frínico, sec. 24.
Górgias Leontino, sec. 3. y frag. 5.
Hecateo, de Mileto, sec. 17.
Hegesias, sec. 3.

- Herodoto, secs 4. 13. 22. 24. 27. 31. 37 y 43.
Hesiodo, secs. 9 y 13.
Homero, secs. 9. 10. 13. 19. 26. 27. 28. 33. 36. 44 y en
los fragmentos.
Hipérides, secs. 15 y 34.
Ion de Quios, sec. 33.
Isócrates, secs. 4. 38 y frag. 1.
Jenofonte, secs. 4. 7. 19. 25. 28. 32. 43 y frag. 1.
Lísias, secs. 32. 35 y frag. 1.
Matris, sec. 3.
Moises, sec. 9.
Píndaro, sec. 33.
Platon, secs. 4. 13. 14. 23. 28. 29. 32. 34 y frag. 5.
Safo, sec. 10.
Simónides, sec. 15.
Sófocles, secs. 3. 15 y 33.
Teócrito, sec. 33.
Teodoro, sec. 3.
Teofrasto, sec. 32.
Teopompo, secs. 31 y 43.
Timeo, sec. 4.
Tucídides, sec. 14. 22 y 25.
Zoilo, sec. 9.

Indice segundo.

De los Autores citados por Longino en los Fragmentos solamente.

Amelio Gentiliano, Fragmento 5 y 6.

Annio Estóico, frag. 5.

Ateneo Estóico, frag. 5.

Aristides, frag. 1.

Cleantes, frag. 7.

Crisipo, frag. 7.

Crónio, frag. 5.

Demócrito Platónico, frag. 5.

Demóstenes Crítico, frag. 1.

Diodoto, frag. 5.

Efestion, frag. 3 y 4.

Epicuro, frag. 7.

Etíbulo, frag. 5.

Euclides Platónico, frag. 5.

Febion Estóico, frag. 5.

Filebo, frag. 5.

Filoxeno, frag. 3.

Heliodoro Alejandrino, frag. 3 y 5.

Hermíno Estóico, frag. 5.

Iseo, frag. 1.

Lisímaco Estóico, frag. 5.

Medio Estóico, frag. 5.

Moderato, frag. 5.

Musonio Estóico, frag. 5.

Numenio, frag. 5.

Orfeo, frag. 3.

- Orígenes, frag. 5.
Paulo de Tarsis frag. 1.
Pitonisa, frag. 3.
Plotino, frag. 5 y 6.
Porfirio, frag. 5.
Proclino, frag. 5.
Sócrates, frag. 3.
• Temístocles Estóico, frag. 5.
• Tolomeo Peripatético, frag. 5.
• Timarco, frag. 1.
• Trasilo, frag. 5.
• Ulises Métrico, frag. 3.

FÉ DE ERRATAS.

<i>Página. línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
4 8	atendiendo	asistiendo á
6 última	cristiano	cristiana
7 14	Hierocles (g(Ammonlo.	Hierocles (g), Ammonio.
8 14	prometian, mucha	prometian mucha
11 11	adhirió	se adhirió
23 7	la Hiada	la Iliada
23 19	alhagaba	halagaba
46 penul.	escases	escasez
51 9	attevimiento	atrevimiento
52 1	Vaya ese fuægo	Vaya! ese fuego
53 17	Ancrates	Anficrates
54	aquí la numeracion salta al 57 y sigue	
57 6	se precisa	es menester
60 11	en los ojos?	en los ojos!
67	hubieran	hubieran
76 11	Ciclope	Ciclope
88 15	precisaríamos de	deberíamos traer
100 5	precisaban	necesitaban
102 9	particularemnte	particularmente
111 2	precisan	necesitan
111 13	propio, lugar	propio lugar
115 10	afecfado	afectado
116 6	Tucicides	Tucídides
118 4	quedase	quedarse
119 2	Heráclidas	Heráclidas
120 8	consnmen	comeis
139 15	como, à los fuegos	como á los fuegos
147 17	alhaga	halaga
151 última	monmento	momento
152 41	41

En esta fé de erratas se pasan por alto, excepto en nombres propios, los acentos mal puestos, y otras menudencias tipográficas.

